

Selección



BURTON HARE

LAS VIEJAS DE MAYLANDER



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

262 — El circo del miedo, *Curtis Garland*.
263 — Mi bella monstruo, *Lou Carrigan*.
264 — Final de trayecto: el Infierno, *Clark Carrados*.
265 — Hija de las tinieblas, *Curtis Garland*.
266 — Un lío de faldas en el infierno, *Silver Kane*.

BURTON HARE

LAS VIEJAS DE MAYLANDER

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 267
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 5.728 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Anne Lindsay llegó a Maylander cuando el sol se hundía entre la neblina que llegaba de las marismas, empujada por el húmedo viento del crepúsculo.

Llevaba una pequeña maleta en la mano y una expresión de desconcierto en la mirada. Ella era la única persona que se había apeado del tren, y la pequeña estación se le antojó desolada, oscura y triste.

Además, no había nadie esperándola.

Vio al jefe de estación hacer señas al maquinista y el tren resopló al ponerse en marcha. Estuvo viéndolo hasta que se perdió más allá de la curva. Entonces descubrió que el jefe la observaba con manifiesta curiosidad.

Era el único ser viviente en todo lo que alcanzaba la vista, de modo que con un suspiro de resignación se encaminó hacia él.

Era un hombrecillo de cara curtida y arrugada que le sonrió casi con timidez.

—¿Puedo hacer algo por usted? —balbuceó.

—Tal vez sí —dijo Anne—. Me dijeron por carta que alguien vendría a esperarme, pero aquí no hay nadie excepto usted.

—¿Quién debía esperarla?

—Alguien de Kingsdale Manor.

Las cejas del hombrecillo saltaron hacia arriba a causa de la sorpresa.

—¿Va usted a trabajar allí? —exclamó.

—Así es.

—Debe darles a rachas —refunfuñó el jefe de estación, perplejo—. Es usted la segunda que llega esta temporada. La vieja debe haber despedido a la chica... Aunque no la vi marcharse, ahora que lo pienso.

—¿Qué vieja?

—La propietaria de Kingsdale Manor. ¿No la conoce usted?

—Desde luego que no. Me contraté por correspondencia. Leí un anuncio, escribí y las condiciones que me ofrecieron eran más que satisfactorias.

—Lo mismo que la otra señorita. Llegó hace apenas una semana y no he visto que tomara el tren para marcharse, si es que la despidieron. En fin, si quiere le buscaré un taxi para que la lleve al Manor. Está a dos o tres millas de la población, cerca de las marismas...

—Se lo agradeceré. No comprendo cómo no han venido a esperarme tal como prometían en su carta.

El hombrecillo sonrió.

—Apostaría que se les descompuso ese cacharro que tienen. Debería estar en un museo en lugar de...

Se interrumpió al oír un estruendo más allá del edificio de la estación. Parecía el crepitar de una ametralladora de gran calibre.

—¡Cuernos! ¿No lo dije? Ahí está esa cafetera...

Guió a la muchacha hacia la salida. Desde allí, Anne vio maniobrar un

enorme “Bentley” negro, de un modelo como ella no había visto otro semejante. No le hubiera sorprendido que aquel fuera el primer coche que se hubiera fabricado en el mundo.

El pesado y ruidoso armatoste se detuvo al fin y un hombre se apeó. Vestía un uniforme de chófer. El uniforme oscuro y el hombre parecían tan viejos y desastrados como el propio auto.

Anne dio las gracias al jefe de estación y empezó a bajar los escalones. El chófer trotó hacia ella, quitándose la gorra cuajada de galones que había perdido su brillo hacía décadas.

—¿La señorita Lindsay? —cacareó—. Lamento mucho que haya tenido que esperar... tuve un contratiempo por el camino. Ese coche está pidiendo el retiro un día sí y otro también. ¿Me permite su equipaje?

Arme miraba sobrecogida la cara de gárgola de aquel hombre. Era una cara cetrina, una pura arruga de ojos hundidos y nariz aguileña.

Cuando estuvieron viajando por un camino desigual, en cuyos baches el coche traqueteaba, crujiendo como si fuera a desarmarse, el chófer comentó:

—¿No conocía esta parte del país, señorita?

—No... nunca había salido de Londres.

—Le gustará.

Anne dudó que llegase a gustarle ese sombrío paisaje, en el que la bruma se espesaba por momentos. Grandes álamos flanqueaban la carretera, y más allá de los árboles el mundo se desvanecía en la oscuridad y la niebla.

El coche atravesó el portón de una gran verja de hierro. El chófer lo detuvo y apeándose fue a cerrar las pesadas puertas. Luego, reanudaron la marcha por un descuidado paseo de grava, cuyos guijarros rechinaban bajo las ruedas.

De Kingsdale Manor apenas pudo ver nada más que la gigantesca y sombría mole en la oscuridad. Brillaban algunas luces en otras tantas ventanas y un farol amarillento en el porche bordeado de columnas. Todo lo demás era negrura.

—Por aquí —indicó el chófer.

Anne le siguió a un desproporcionado vestíbulo. Todo allí dentro olía a moho, a vejez y abandono. Los tapices que casi cubrían los muros de piedra desaparecían bajo una capa de polvo, y las alfombras del suelo habían perdido su color y parecían un prado de césped reseco y mustio.

El chófer abrió una puerta y Anne vio un salón parcamente amueblado. Una luz que colgaba del techo barría apenas las sombras de los rincones más alejados.

—Espere aquí, por favor —gruñó el hombre—. Llevaré su maleta a la habitación que le han destinado.

Ella apenas si replicó. Estaba un tanto asustada por ese decorado que parecía surgido del pozo del tiempo, de otra época remota de la que ya no quedaba más que el recuerdo escrito en los viejos libros de historia.

Había algunos cuadros oscuros en las paredes, estanterías repletas de libros de sólida encuadernación, butacas aquí y allá, una mesita labrada y pesados

cortinajes.

No sabía el tiempo que había transcurrido cuando oyó abrirse la puerta. Se volvió sobresaltada. El viejo chófer se había cambiado el uniforme y ahora llevaba uno de color oscuro, con un chaleco deshilachado, a rayas negras y amarillas.

Traía una bandeja con un vaso.

—La señora vendrá en unos minutos —anunció—. Entretanto, le ruega que se ponga cómoda y tome ese refresco... Espero que le guste, porque aquí nunca se bebe alcohol, ¿sabe?

Ella balbuceó algo que expresaba su desconcierto, pero el sirviente ni siquiera le prestó atención. Dejó la bandeja sobre la desierta mesa, y se fue por donde había entrado.

Anne comenzaba a experimentar una extraña desazón, una inquietud de la que ella misma se reprochaba, por cuanto hasta entonces nada de cuanto había sucedido caía fuera de lo normal. Es más, el viejo chófer-sirviente había sido sumamente amable con ella. Podía tacharlo de estrafalario, pero nada más.

Con el vaso en la mano, la muchacha se dedicó a echar un vistazo a los gruesos lomos de los volúmenes que poblaban las estanterías. Sin ninguna duda eran libros de gran valor en cuanto a antigüedad. La mayoría tenían el título en latín, un latín anacrónico del que Anne apenas si logró descifrar alguna que otra palabra.

Le pareció que trataban de ciencias ocultas, alquimia medieval y otras ciencias curiosas que la moderna tecnología convertía en meras fantasías.

De nuevo oyó abrirse la puerta a sus espaldas y se volvió.

Esta vez, la mujer que apareció enmarcada en el umbral la sorprendió, porque era de una belleza tan espectacular que no encajaba en absoluto con el anacrónico decorado de la mansión.

Alta y esbelta, poseía un cuerpo soberbio que la larga túnica blanca apenas difuminaba. Su profundo escote mostraba el nacimiento y la pujante juventud de unos senos erectos, firmes y agudos. Bajo la grácil cintura, unas caderas estilizadas marcaban la delicada forma de ánfora que confería esbeltez elástica a las largas piernas.

Pero donde la belleza era más impresionante, donde la mirada de Anne se fijó casi hipnotizada, era en el rostro. Brillaban en él unos ojos fulgurantes, llenos de vitalidad, profundos y misteriosos, de un azul claro y frío. Los labios poseían una perfección curiosa, como dibujados por la mano de un artífice, y sin embargo carecían por completo de maquillaje alguno.

—Lamento haberla hecho esperar —runruneó la aparición—. Soy la señora Kingsdale.

—¿Usted?

Las bellísimas cejas de la mujer se fruncieron un poco.

—¿Se sorprende?

—Bien..., no es exactamente sorpresa. Pero había dado por sentado que se trataba de una señora mucho mayor.

La dueña de Kingsdale Manor sonrió. Una sonrisa helada y extraña.

—¿Qué le dio esa idea?

—No lo sé exactamente. Quizá un comentario del jefe de estación. Hube de esperar a que su chófer llegara en mi busca y hablamos.

—Ya entiendo... ¿Qué le dijo el hombrecillo, que iba a tratar usted con una vieja bruja?

—Oh, no, por supuesto que no dijo nada descortés...

—De cualquier modo no importa. Las gentes tienen la lengua muy suelta. Los Kingsdale hemos habitado siempre aquí, y en ocasiones el vulgo ha confundido incluso nuestras generaciones, de modo que confundían a la abuela con mi madre, a ésta conmigo y otras absurdas tonterías semejantes. Pero veo que aún no ha probado el refresco... Tómelo y le mostraré sus habitaciones. Cuando se haya instalado podremos empezar a hablar de su trabajo.

—Gracias..., es usted muy amable.

Anne bebió el contenido del vaso y dejó éste en la mesita.

Le pareció que la mirada fría y profunda de su anfitriona estaba demasiado fija en ella. Aquella mujer de una belleza que no parecía de este mundo comenzaba a inquietarla sin saber por qué.

De pronto, notó que sus piernas se aflojaban. Una niebla turbia se interpuso en su mirada, desdibujando cuanto la rodeaba y la cabeza empezó a latirle dolorosamente, al tiempo que todo empezaba a girar como un torbellino.

Intentó gritar y la voz no la obedeció. Llena de espanto, se desplomó inerte sobre la alfombra.

La hermosa señora Kingsdale la miró sin alterar ni un músculo de su rostro. Tampoco se volvió cuando oyó abrirse la puerta. Sólo dijo:

—No pierdas tiempo, Igor. Ya pasan veinticuatro horas del plazo...

El viejo sirviente se inclinó sobre la desvanecida. Sin aparente esfuerzo, la levantó en vilo y con ella en brazos salió de la biblioteca seguido por su bellísima ama.

Lo siguiente que Anne supo fue que estaba tendida en algún lugar rígido y frío.

Parpadeó, mientras los recuerdos volvían a su mente.

El pánico la asaltó al darse cuenta que estaba férreamente sujeta. Luego, ese pánico se agudizó hasta extremos delirantes cuando advirtió que de todo su cuerpo partían extraños tentáculos, y que estaba desnuda y que sentía un frío espantoso.

Los delicados tubos estaban sujetos a su cuerpo mediante extrañas ventosas. Los había en torno a su cráneo, en sus costados, en las ingles y en el cuello. La succión de las ventosas le producía un desagradable cosquilleo apenas perceptible. Todo lo que podía experimentar entonces era un pánico creciente.

Giró la mirada hasta donde pudo, porque su cabeza estaba sujeta también por una argolla de hierro. Vio unas húmedas paredes construidas con enormes

bloques de piedra grisácea, una complicada máquina a la que iban a morir los tubos que partían de su cuerpo, y una extraña mesa cubierta por una gran campana de cristal.

Boqueó intentando gritar y no pudo oír su propia voz. Tal vez ni siquiera profirió ningún sonido.

Luego, el viejo sirviente apareció. Ahora se cubría por una negra túnica que le llegaba a los pies. Su mirada desapasionada se paseó por encima del hermoso y desnudo cuerpo de Anne como si no la viera. Sólo comprobó algunas de las ventosas, asegurándose de que estaban firmemente adheridas a la piel. Las que coronaban sus pechos ofrecieron algunas dificultades y el viejo las rectificó.

Obraba sin apresurarse, desapasionado. Ni siquiera parecía advertir los horribles esfuerzos de la muchacha por emitir algún sonido.

No obstante, dijo:

—No se altere, tranquilícese. No puede hablar por efectos de la droga, de modo que es inútil que lo intente.

Calló al aparecer en el radio visual de Anne la bellísima dueña de la mansión. Vestía la misma túnica blanca.

—¿Preparada? —susurró. El viejo asintió.

Con un leve gesto de sus hombros, la señora Kingsdale se desprendió de la túnica. Su glorioso cuerpo resplandeció bajo las tenues luces como si tuviera luz propia.

Caminó hacia la mesa cubierta por la campana de cristal. Esta se elevó mediante un mecanismo oculto y la hermosa y extraña mujer se tendió en la mesa. Por el rabillo del ojo, y en medio del pánico, Anne lo veía todo sin comprender. Vio cómo el sirviente acondicionaba sobre el desnudo cuerpo de su ama unos tentáculos semejantes a los que la apresaban a ella. Luego, la campana de cristal descendió, aislando por completo a la señora Kingsdale

El viejo Igor se apartó, colocándose delante de la extraña máquina. Manipuló en ella y ante la estrábica mirada de Anne, un largo tubo de cristal se llenó de burbujeante luz morada, una luz espesa, casi líquida.

Al instante, un dolor agudo, atroz como ningún otro, asaeteó su cuerpo atravesándolo en todas direcciones. Intentó saltar, tensarlo, gritar, aullar todo el horrendo espanto que la destrozaba.

No pudo hacer nada de todo ello, sólo encajar aquella infernal tortura que crecía y crecía en oleadas, cada vez más lacerante, como si 1a desgarrasen por dentro a cuchilladas, como si le arrancasen las entrañas a zarpazos...

Cuando al fin perdió el conocimiento fue una liberación, aunque luego lo recobró a impulsos del mismo aullante dolor, para perderlo de nuevo, y volver a la vida para morir después, y resucitar en el delirio infrahumano de una pesadilla que no parecía tener fin...

CAPITULO II

Artie Loren expelió el humo del cigarrillo y volviéndose deslizó la mirada por el sinuoso cuerpo de Sally.

—No veo la necesidad de que busques ningún empleo —comentó perezosamente—. Sólo cásate conmigo y yo te daré todo el trabajo que puedas hacer.

La muchacha se echó a reír.

—¡Si yo fuera un poco más tonta de lo que soy, te pillaría la palabra! —exclamó—. Aunque pensándolo bien, querido, tú eres el último hombre de este mundo con quien no me casaría.

—¿Qué tengo de malo? No azoto a las mujeres ni las exploto ni las violo que yo sepa.

—Eres demasiado guapo. Una mujer casada contigo nunca estaría segura de que sus amigas no le birlasen el marido.

—Ese riesgo haría las cosas más excitantes...

—Al diablo contigo, cariño. Por si te interesa, ya acepté el empleo y salgo esta misma tarde.

—¿Cómo que sales esta tarde?

—El trabajo es en un lugar lejos de Londres.

—Lo que faltaba. Siendo así, ¿cuándo te veré otra vez?

—Lo ignoro, pero estoy segura que no te aburrirás durante mi ausencia.

—Oh, vamos, Sally, sé buena y manda al diablo ese trabajo. ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Divertirte con otras, como te has divertido conmigo, grandísimo sinvergüenza. A menos, claro está, que te cases con Cindy...

El dio un respingo.

—¿De dónde sacas semejante idea?

—¿No estás enamorado de ella?

—Escucha, cabeza de chorlito, acabo de pedirte que te cases conmigo. ¿O no?

—Sólo para cubrir las apariencias, cosa que te agradezco, pero te aseguro que no es necesario. Yo sabía perfectamente los límites de nuestras relaciones. Hemos sido felices, ¿no es cierto? Lo hemos pasado estupendamente juntos, pero ni tú ni yo hemos nacido para jugar al hogar dulce hogar.

—Se me ocurre que si eso es cierto, debiera decirlo yo, no tú. De nuevo, Sally se echó a reír. Sus traviesos ojos chispeaban.

—Casi nunca dices lo que debes decir cuando realmente deberías decirlo

—Otra frase semejante y empezaré a gritar. En serio, preciosa, ¿es tan necesario que aceptes ese empleo lejos de mí?

—Hasta ahora, nunca me habían ofrecido tanto dinero por un trabajo de secretaria de una señora sola. Además, a ti y a mí nos conviene una

temporada de separación aunque sólo sea para poder reflexionar con calma. Y ahora, adiós, cariño. Me queda el tiempo justo de preparar mis cosas y tomar el tren.

—Pero ¿adónde diablos vas a trabajar?

—A un lugar llamado Maylander. El suspiró.

—Apuesto que ni siquiera está en el mapa...

—Hay estación de ferrocarril, ¿sabes?

Le echó los brazos al cuello y sus labios se encontraron en un largo beso de despedida.

Artie intentó poner en práctica sus mañas para retenerla un poco más. Sólo que Sally conocía sus trucos y se apartó. Jadeaba y sus ojos echaban chispas.

—Eres un tramposo..., un maldito tramposo hasta haciendo el amor. Pero conmigo no te sirve.

—Sally, por favor...

—Te veré durante las vacaciones. Y si tuvieras un poco de sentido común te casarías con Cindy y sentarías la cabeza.

—Si le pidiera a Cindy que se casara conmigo me arrojaría por la ventana.

—Haz la prueba. Adiós, cariño.

Antes que él pudiera replicar, Sally había desaparecido y la puerta cerrada se le antojó un muro que se interpusiera entre él y una parte de su propia vida.

Llenó un vaso con whisky, le añadió hielo y hundiéndose en una butaca dejó vagar la imaginación.

Sally era una gran chica, y era cierto que lo habían pasado bien juntos. Sintió un escalofrío ante la perspectiva de que ella le hubiera tomado la palabra de casamiento, pero había creído que era casi un deber formular aquella proposición. Había sido un riesgo calculado, para llamarlo de algún modo.

Suspiró, apuró el whisky y descolgando el teléfono se dispuso a iniciar un capítulo nuevo en su vida pasional

De Sally Morley no volvió a saber nada hasta dos semanas más tarde.

Aunque tampoco entonces estuvo seguro de que fuera de Sally de quien supiera nada

* * *

Cindy Roberts había sido modelo de alta costura, y de aquel tiempo conservaba el majestuoso aplomo de movimientos que no se adquiere en un día. Luego se había convertido en diseñadora de modas y su figura estilizada se redondeó en los lugares preciosos convirtiéndose en una de las mujeres más tentadoras que Artie conociera jamás.

Cuando entró en el apartamento comentó:

—De modo que ése es tu harén...

—No bromees, Cindy.

—No es ninguna broma. Apuesto que con sólo apretar un botón las luces

se amortiguan, sale música de las paredes y ese diván se convierte en una cama. Eres de la clase de hombres que les gusta complicar hasta las cosas más sencillas, Artie.

—Alguien te ha hablado mal de mí, querida.

—En realidad, no conozco a nadie que hable bien de ti, excepto tus conquistas.

—Eso debería ser una garantía. Y si dejas de decir tonterías te ofreceré algo de beber antes de pedirte que te cases conmigo.

—Eres increíble. Acepto la bebida, por supuesto.

El suspiró. No había creído que Cindy aceptara su invitación de reunirse en el apartamento. En cierto modo su mala fama que en ocasiones era una garantía para cierta clase de chicas, con Cindy era un inconveniente.

Cuando estuvieron saboreando el whisky, ella le espetó:

—Sabía que eres el tipo más inconsciente y desordenado de este mundo, pero además eres un insensato. Si les haces esa proposición a todas tus conquistas, el día menos pensado una dirá que sí y te verás metido en un lío. ¿Cómo se te ocurre pedir a las mujeres que se casen contigo sin estar seguro que te dirán que no?

—Cindy, no tienes razón. Estoy loco por ti, eso es todo.

—¿Y no lo has descubierto hasta ahora?

—Hace mucho tiempo que lo sé, pero tú eres una mujer tan fuera de serie, tan superior, que le hace dudar a uno de que seas real.

Ella sorbió un poco de licor. Sonrió. Su bello rostro parecía iluminarse cuando sonreía.

—Yo pensé que con Sally tendrías suficiente para llenar tu vida amorosa, querido. El dio un respingo.

—¡Calumnias! Hace más de dos semanas que no veo a Sally.

—Porque se fue a trabajar fuera de Londres.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco a su compañera de apartamento. Es modelo y trabaja para la misma casa de modas que yo.

—Ya veo...

La interrumpió el timbre del teléfono. Con un gesto impaciente lo descolgó.

—¡Hable!

—¿Se llama usted Loren, Artie Loren?

Era una voz de hombre un tanto gruñona.

—Así me llamo.

—Le habla la policía de Dorset, señor Loren. El enarcó las cejas, perplejo.

—¿La policía? —gruñó—. ¿Qué ocurre? No recuerdo haber pasado por Dorset desde hace casi un año.

—Se trata de un caso lamentable... ¿Conoce usted a una anciana llamada Sally Morley?

—Conozco a una Sally Morley, pero no es ninguna anciana. ¿Le ha

sucedido algo acaso?

—Sería mejor que viniera usted personalmente. Y pronto, señor Loren. Esa mujer está agonizando.

El se quedó helado. Miró con desconcierto a Cindy y luego dijo:

—¿Quiere decir que Sally se está muriendo?

—Ciertamente, eso quise decir.

A él le quedaba aún un resquicio de esperanza.

—Debe tratarse de otra persona con el mismo nombre —exclamó—. Sally es joven, hermosa, y cuando la vi hace dos semanas estaba llena de salud...

—Mire, es difícil entendernos por teléfono. Soy el sargento Peerles y estoy a cargo de este asunto. ¿Cree que podrá desplazarse hasta aquí, señor Loren?

—Por supuesto, iré inmediatamente.

—Muy bien, pregunte por mí cuando llegue. Sonó un chasquido y la comunicación se cortó. El devolvió el auricular al soporte y masculló:

—No lo entiendo...

—¿Se trata de Sally?

—Eso dice la policía. Pero hablan de una anciana, de modo que debe ser un error.

—Sin embargo, te han llamado a ti.

—Eso es lo que me sorprende. Quieren que vaya porque esa mujer está agonizando..

—Te acompañaré. Si se tratase de Sally tal vez pueda hacer algo por ella. Somos amigas desde hace muchos años.

—No puede tratarse de ella. Además, Sally no se fue a Dorset, sino a otro lugar que no había oído nombrar en mi vida ¿cómo se llamaba. .? Maylander, eso es.

—Será mejor que nos demos prisa. El suspiró resignadamente.

—Después de lo que me costó conseguir que vinieras a mi leonera... Cindy susurró:

—Habrá otras noches, Artie.

—¿Es una promesa?

Ella ya estaba junto a la puerta. La siguió y ambos se encaminaron sin saberlo hacia el horror.

CAPITULO III

El sargento Peerles era un hombre corpulento, rubicundo y que en circunstancias normales debía ser hasta jovial.

Esa noche no parecía estar de buen humor.

—Está en el hospital —dijo después de estrechar las manos a los dos jóvenes—. Será mejor que vayamos allí inmediatamente. Les pondré en antecedentes por el camino.

—Antes que otra cosa, ¿por qué mencionó usted una anciana con el nombre de Sally Morley?

—Bueno, se trata de una mujer vieja. ¿De qué otro modo podía definirla?

—Pero Sally... Está bien, vayamos a verla.

—Fue ella quien insistió desesperadamente para que le llamara a usted, señor Loren, de modo que le conoce, lo que descarta toda posibilidad de error.

Caminaron por la ancha acera. La mole del hospital se erguía a corta distancia de la comisaría.

—Un automovilista la encontró, casi inconsciente, a un lado de la carretera. Intentaba arrastrarse sin fuerzas y la llevó al hospital. Estaba completamente agotada, como si hubiera corrido durante horas, aunque una anciana de su edad no puede tener mucha resistencia. El esfuerzo agotó su corazón y los médicos desconfían de que vea el amanecer de mañana, por eso insistí en que viniera cuanto antes.

Artie no pudo contener un suspiro de alivio.

—Bueno, sargento, ahora sé que no se trata de la misma Sally que yo conozco. Ella podría resistir una carrera de diez millas sin alterarse. Practica deportes, y en tenis me deja en mantillas. Nunca pude vencerla.

—Ya entiendo. No obstante, insistió en que le llamasen... Cindy sugirió:

—Tal vez se trate de una pariente de Sally.

—Nunca supe que tuviera familia.

En el centro hospitalario fueron conducidos a una pequeña habitación del primer piso. El sargento abrió la puerta y asomó la cabeza.

Había una enfermera al lado de la cama, que se levantó al verlos entrar. Con voz susurrante preguntó:

—¿El señor Loren? No ha cesado un momento de pronunciar su nombre,.

—¿Cómo está? —musitó el sargento.

—Acabándose.

Artie y la muchacha entraron un tanto cohibidos.

La mujer que yacía en la cama era ¡realmente una anciana. Tan anciana que su cara blanca como el yeso era un mar de arrugas, aureolado por una abundante cabellera también blanca y lacia.

Con los ojos cerrados, a Artie se le antojó una momia de mil años, aunque se reprochó a sí mismo por ese pensamiento tan poco piadoso.

El sargento le miró, expectante. El sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿No la conoce? —insistió Peerles.

—No la había visto en mi vida. Ya le dije que Sally es una muchacha de veinticinco años, fuerte y llena de salud.

La mirada intrigada del policía se dirigió a Cindy.

No necesitó palabra alguna para saber que ésta tampoco conocía a la moribunda anciana.

—Entonces, ¿por qué insistía tanto en verle a usted? Artie se encogió de hombros.

—Eso no lo sé, sargento. Tal vez si esa pobre mujer pudiera hablar..

—Apenas si respira —musitó la enfermera.

En aquel instante, los labios de la mujer se movieron, aunque al principio ningún sonido brotó de ellos. Luego, un tenue murmullo pareció burbujear en su garganta, hasta que apenas audible jadeó:

—Artie..., ayúdame...

El se inclinó sobre el lecho.

—Soy Artie Loren, señora —dijo en voz baja—. Me gustaría poder hacer algo por usted.

—¡Artie!

Los párpados aletearon. Aquella mujer, pensó él, igual podía tener noventa que cien años.

Al fin, la anciana pudo abrir los ojos, hundidos en pliegues de piel arrugada. Luchó por enfocar la mirada hasta que tropezó con la imagen de Artie inclinado sobre ella.

—Artie...

—¿Sí?

—Soy... Sally.

—Aunque se llame así, debe haber un error, señora. Sin embargo, eso no importa. Haré lo que esté en mi mano por usted.

—No comprendes... Sally Morley..., tu Sally...

El sintió un agudo escalofrío. La voz comenzaba a traerle viejas sensaciones, y esos ojos ahora viejos de mil años tenían el mismo color que otros ojos que él besará no mucho tiempo atrás...

Pero era imposible, naturalmente. Y entonces ella balbuceó:

—Me pediste., que... que me casara contigo...

—¡Dios bendito!

—¿Qué... han hecho... conmigo, Artie? ¡Ayúdame...! El miró horrorizado aquella vieja ruina. Luego buscó la mirada de Cindy y jadeó sin voz:

—¿Oíste lo que dijo?

—Sí.

—¡Es cierto que le pedí a Sally que se casara conmigo! ¿Cómo puede saberlo esta pobre mujer?

—Tal vez ella se lo dijo.

Cindy estaba al lado de Artie y por primera vez la apagada mirada de la moribunda la descubrió.

—¡Oh, Cindy...!

Su voz se ahogó en un bronco estertor. La enfermera dijo:

—Salgan ahora, por favor.

Cindy estaba paralizada y fue incapaz de moverse.

—¡Me ha conocido! —susurró—. ¿Oíste, Artie?

—No lo comprendo.

Retrocedieron hacia la puerta. La arrugada forma del lecho se agitó apenas.

—¡No... me dejes...!

Artie vaciló, pero la enfermera se mostró inflexible y los tres se encontraron en el pasillo desconcertados e incrédulos.

El sargento Peerles sacó una pipa del bolsillo y encajándola entre sus dientes gruñó:

—¿Y bien? Ella les conoce a ustedes dos.

—No puedo explicármelo. Le juro a usted que es la primera vez que veo a esa pobre mujer.

—¿Y usted, señorita?

—Tampoco la había visto nunca.

Peerles parecía dispuesto a triturar la boquilla de su pipa entre sus quijadas.

—¿Es cierto que le pidió a una Sally Morley que se casara con usted, señor Loren? Fue Cindy quien exclamó:

—Esa petición no es nada desacostumbrado en el señor Loren, sargento...

—Déjate de bromas, por favor. Sí, se lo pedí a Sally Morley, aunque ella me rechazó, riéndose.

Peerles se rascó el cogote.

—Y esa vieja lo sabe. ¿No es sorprendente? Y la conoce a usted, señorita. La conoce por su nombre.

Un hombre vestido de blanco llegaba presuroso. Apenas les saludó antes de desaparecer en la habitación de la anciana.

—Ese es el doctor Malloy —comentó el sargento sin dejar de torturar su apagada pipa—. Atiende a esa mujer desde que la trajeron al hospital.

El médico salió un minuto después.

—La enfermera acaba de decirme que ustedes han venido a ver a mi paciente... ¿Qué pueden decirme de ella? Y otra cosa, ¿qué es usted para ella? Porque imagino que ese Artie Loren que reclama sin cesar es usted...

Artie asintió. De nuevo explicó al doctor sus impresiones respecto a la anciana que agonizaba en aquel cuarto.

—De modo —terminó— que a pesar de que ella conoce algunas intimidades de la Sally Morley que yo traté, y de que parece conocernos a nosotros dos, es la primera vez que la vemos.

—¿No le parece muy extraño?

—Eso es decir poco. Además..., aunque sólo sea una impresión subjetiva, su voz me recuerda la de Sally.

Y el color de sus ojos es también el mismo, aunque mucho más apagado en

esa pobre anciana.

—Tal vez si fuera posible traer a esa joven del mismo nombre pudiera aclararse el misterio —sugirió el sargento Peerles de pronto—. Puede tratarse realmente de una pariente de su joven amiga, y en ese caso es preciso que alguien se haga cargo de todo lo referente a esa enferma.

—El caso es que ignoro dónde está ahora. Se fue a trabajar con alguien de un lugar llamado Maylander o algo así, pero no sé con quién ni dónde vive.

—¿Maylander? —Gruñó el sargento—. Ese es un pueblo a quince millas de aquí, hacia el norte. Un lugarejo muy pequeño, sin industria y apenas comercio.

Artie frunció el ceño.

—No parece el sitio ideal para que una chica de Londres vaya a trabajar...

Antes que nadie pudiera añadir ningún comentario, i la puerta de la habitación se abrió y la enfermera hizo señas perentorias llamando al doctor Malloy.

Este gruñó una disculpa y desapareció rápidamente en el cuarto. Peerles hizo crujir la pipa entre los dientes.

—Si fallece sin haber sido identificada —mascullό preocupado—, va a ser todo un dolor de cabeza.

—¿No llevaba documentos?

—Nada. Ni bolso siquiera. Sólo el vestido. Y eso es literal, señor Loren, esa mujer sólo llevaba puesto el vestido, nada más. Y me gustaría saber de dónde lo sacó, porque no era una prenda adecuada para una anciana de su edad ni mucho menos. Todo lo que había en los bolsillos era una llave y un pañuelo. El vestido era juvenil, estampado y llamativo, como el que usaría una muchacha muy joven.

Cindy murmuró:

—Cada vez es más extraño todo lo que rodea a esa mujer... El doctor asomó la cabeza por la puerta.

—Señor Loren —llamó—. Usted solo, por favor.

Artie entró y el módico cerró la puerta a sus espaldas.

La anciana apenas si acusaba una débil respiración, tan hundida en el lecho que éste aparecía casi liso.

—Sigue llamándole —musitó el médico—. Insiste en que es Sally y que usted puede ayudarla.

—Absurdo. ¿Qué puedo hacer yo?

—Dígame una cosa, sinceramente, señor Loren. ¿Mantuvo relaciones íntimas con la Sally Morley que conoce?

—Ciertamente, doctor. Este arrugó el ceño.

—¿Recuerda alguna Señal en su cuerpo?

—No... Bueno, excepto una pequeña cicatriz debajo del seno derecho. Se cayó siendo muy jovencita y se clavó una astilla, o algo parecido.

—¿Una cicatriz en forma de L?

—Sí... ¡Eh! ¿Cómo...?

Por toda respuesta, el médico levantó la sábana que cubría a la anciana. El camisón hospitalario que le habían puesto era demasiado grande para un cuerpo empequeñecido y arrugado. El doctor tiró de la tela abriendo el escote. Artie sintió cierto malestar al contemplar el increíblemente arrugado busto de la pobre mujer, pero repentinamente dio un salto hacia la cama, inclinándose sobre ella.

Debajo del caído seno derecho había una cicatriz en forma de L, diminuta, resaltando claramente entre el mar de arrugas.

Sintió que el estómago le subía a la garganta. Era la cicatriz de Sally, de eso no le cupo la menor duda.

—Es imposible —balbuceó, no obstante—, Temo que voy a volverme loco, doctor. Esa cicatriz...

—Ella fue quien pidió que usted la viera..., dijo que se convencería...., que en sus momentos íntimos a ella la gustaba que usted acariciase esa señal.

—¡Dios! Es cierto..., es ella...

Retrocedió horrorizado. Hubo de sentarse porque las piernas le temblaban. Dispuesto a aclarar las cosas si era posible, el doctor añadió:

—¿Ha visto usted esos hematomas en el cuerpo?

—¿Qué?

—Hematomas. Fíjese...

—No quiero volver a ver... eso.

—¡Venga aquí, hombre!

Se levantó sintiendo náuseas.

En el cuerpo de aquella mujer, resaltando en el mar de profundas arrugas, podían verse claramente unos hematomas redondos, amoratados, algunos con leves desgarraduras en la piel. Incluso los había en torno a los pezones.

—¿Qué es eso? —boqueó—. No comprendo... ¿qué significado pueden tener?

—Lo ignoro —dijo el médico cubriendo otra vez el cuerpo inmóvil de la anciana—. Parecen producto de violentas succiones. Tan violentas, que en algunos lugares desgarraron la piel.

—No habla en serio...

—Hablo con absoluto desconocimiento de causa. Si me apura, le diré que esas marcas son semejantes a las que dejarían en un cuerpo humano las ventosas de los tentáculos de un pulpo gigante, si existieran cefalópodos de ese tamaño, naturalmente.

Artie sintió que le daba vueltas la cabeza.

—Creo que voy a vomitar —balbuceó.

—No sea niño. Respire hondo, profundamente. Luego piense en lo que acaba de ver. ¿Esa cicatriz...?

—Es la misma de Sally sin duda.

—En el cuerpo de una anciana que no tendrá menos de noventa años...

—Tengo la sensación de estar sumergido en una pesadilla, doctor. Todo me induce a creer que esa mujer es Sally Morley, la Sally Morley de

veinticinco años que yo conozco. Y sin embargo es absolutamente imposible ..

En aquel instante la mujer se agitó. Apenas un hilo de voz brotó de sus labios.

—¡Artie...!

El se inclinó sobre el lecho.

—Estoy aquí —dijo.

—No me abandones..., ayúdame.

—Escuche. ¿Qué le sucedió? Tiene hematomas por todo el cuerpo. ¿Cómo...?

—Los... ¡Los tentáculos..., las ventosas...!

El escuálido cuerpo sufrió una violenta contracción y un sollozo desgarrado brotó de aquella boca jadeante.

El médico apartó a Artie y tomó el pulso de la agonizante. Gruñó algo entre dientes. Artie balbuceó:

—¿Oyó lo que dijo?

—Sí, pero cállese ahora.

Hubo un silencio roto solamente por el débil estertor de la paciente.

De pronto todo cesó. Artie apenas si captó el sutil cambio, pero supo que ella había muerto con toda seguridad como si pudiera ver la misma muerte en la habitación.

El doctor se irguió.

—Ha terminado —gruñó entre dientes—. Ahora lo que queda por hacer es cosa de la policía.

Salieron al pasillo. No necesitaron hablar para que el sargento y Cindy supieran que la agonía de la anciana había terminado.

El sargento Peerles estaba más fastidiado que nunca.

—Habrá que publicar su fotografía y esperar que aparezca alguien que la identifique.

¿Qué le pasa a usted? Parece como si ver morir a una pobre anciana desconocida le hubiera descompuesto...

Artie gruñó un juramento, pero no replicó. Fue el doctor quien dijo:

—Desearía realizar la autopsia, sargento. Hay algo extraño en esa anciana y quiero saber qué es. Si no hay parientes que se opongan, ¿cree que podría obtener una autorización del juez?

—Posiblemente. Pero si hay algún misterio en esa muerte yo debo conocerlo.

—El único misterio real en estos momentos son sus palabras. Cuando haya practicado la autopsia podré decirle algo más.

La enfermera salió de la habitación. Traía un vestido de colores alegres entre las manos.

—¿Va a quedarse con eso la policía, doctor? Porque no van a amortajarla con ese vestido, digo yo.

—Por supuesto que no...

La voz ahogada de Artie le interrumpió. Dijo:

—¡Es un vestido de Sally! Se lo vi puesto muchas, veces..., El sargento exclamó:

—¿Seguro?

—Completamente.

Peerles rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar algo que mostró a Artie entre sus dedos.

—¿Y esa llave, la vio también en poder de “su" Sally?

La mirada de Artie Loren se desorbitó hasta el extremo de que los ojos parecieron a punto de saltarle de la cara.

Durante unos instantes fue incapaz de formular un solo comentario. Luego, casi en un grito, chirrió entre dientes:

—¡Es la llave de mi apartamento! La llave que le di a Sally hace meses... ¡La llave de mi propia puerta!

—Eso le da una dimensión nueva a todo el caso —refunfuñó el sargento Peerles—. Pienso que esa anciana robó al vestido para huir de algún sitio, porque a pesar de todo lo sucedido no vamos a creer ahora que una muchacha de veinticinco años puede envejecer en dos semanas hasta ese extremo.

Nadie replicó.

Por las ventanas del hospital entraron los primeros rayos de un sol tibio que auguraba un día veraniego.

Casi a la misma hora, en Londres, una muchacha de veintidós años llamada Betsy Sorensen cerraba su maleta para emprender un viaje rumbo a Maylander...

CAPITULO IV

Melanie Kingsdale se despojó del tenue camisón de noche y con el busto erguido se admiró en el enorme espejo que cubría toda una pared de su dormitorio.

El increíblemente hermoso cuerpo pareció satisfacerla tanto como cabía esperar. Era de una perfección total, absoluta, como si la naturaleza hubiese seleccionado las partes más perfectas de varias mujeres para hacer con ellas una sola. Así, sus largas piernas de finos tobillos poseían esa rara delicadeza que tan sólo muy de tarde en tarde puede verse en algunas modelos. Y sus caderas eran lo suficiente firmes para ser la línea justa que coronaba las piernas, creando una cintura delicada y de suave línea, que se volvía ampulosa un poco más arriba, como anunciando la pujante y erecta vitalidad de unos pechos que no necesitaban de artilugios para mantenerse altivos y desafiantes, coronados por los rosados pezones.

Giró sobre sí mismo, pasándose suavemente las manos por la curva de las caderas. Si se miraba el rostro aún se sentía más orgullosa, por cuanto no había otra mujer con tan rara perfección en sus facciones. Una perfección sensual, ardiente y fría a un tiempo debido a los pálidos ojos, que fulguraban con el brillo de los hielos del Polo.

Al fin se dirigió al baño. Estuvo mucho tiempo hundida en el agua tibia y luego se vistió, eligiendo cuidadosamente las ropas.

Cuando descendió a la planta baja el viejo sirviente surgió de una puerta y anunció:

—He preparado la mesa en la terraza, señora.

—Gracias, Igor.

—Cuando haya servido a la señora prepararé el coche para esta tarde. Ella asintió y pasó junto al hombre como si no lo viera.

No obstante, él aún comentó:

—Habría que decidir algo respecto a ese coche, señora... No quisiera que se estropeara otra vez. Ya sabe lo que pasó con la joven Lindsay... a su charla en la estación quiero decir.

—Ya pensaremos sobre eso, Igor. De todos modos sólo faltan dos más. El hombre refunfuñó entre dientes y se alejó.

El sol batía la terraza en esa mañana de julio. La señora Kingsdale se refugió bajo la sombra del gran toldo que protegía la mesa y desayunó servida por el silencioso Igor.

El viejo estaba retirando el servicio cuando ella dijo sin alterar la voz:

—Habría que hacer algo con el jefe de estación, Igor.

—¿Sí, señora?

—No es conveniente que hable tanto.

—Ciertamente, es un engorro.

—Hazlo.

El hombre arrugó el ceño.

—Puede ser peligroso, señora.

—Recuerda que me debes una satisfacción, Igor. Esa mujer que se te escapó en ¡as marismas pudo ocasionarnos muchas preocupaciones. Afortunadamente, se hundió por sí sola en el pantano, pero de haber conseguido huir...

El se estremeció.

—No volverá a suceder, señora. Aún no comprendo cómo reaccionó. Estaba prácticamente muerta.

—Pero dijiste que en su huida se había hundido en el pantano, ¿no es cierto? El dio un respingo.

—Por supuesto, señora.

—Entonces, te corresponde borrar ese lamentable fallo. El hombre abatid la cabeza.

—Sí, señora —murmuró.

Se fue llevándose el servicio.

La mujer tendió la mirada por el parque un tanto descuidado y selvático. El sol reverberaba en el verde de las hojas, y las sombras entre la arboleda eran suaves y cambiantes. Suspiró, recostándose en el sillón. Cerró los ojos. Notaba el despertar profundo de sus ansias vitales, la vuelta del antiguo fuego, del ardor sublime por el que vivía, y del que extraería el eterno goce.

Pronto podría salir, y vivir una vez más el frenesí del amor, del delirio y de la sangre... Se estremeció al solo pensamiento.

Pensó que casi estaba en condiciones de hacerlo. No necesitaba esperar más. Nunca se había sentido tan fuerte, tan llena de energía y de ansias sensuales, y de firmes propósitos de venganza.

Una venganza que era placer y era dolor a un tiempo, pero que la sumergía en el éxtasis sublime que sólo terminaba con la muerte.

Aún permaneció en la terraza un largo tiempo. Luego, con resolución, se dirigió a su dormitorio.

* * *

Cindy entró en el apartamento y esperó a que Artie cerrara la puerta. Entonces se fijó en la descompuesta expresión del hombre y exclamó:

—¿Qué ocurre, Artie? Tienes una cara que asusta.

—Acabo de hablar con el sargento Peerles.

—No comprendo. Aquella pobre mujer murió, así que no puede haberte dado peores noticias.

—¿Peores? Son realmente infernales.

—¿En qué sentido?

—Cindy, lo creas o no, aquella anciana, aquella mina de noventa años era Sally Morley.

—Ya lo sé. Ese fue el nombre que ella dio en el hospital. Hay muchos

nombres iguales, Artie. Sólo tienes que echar un vistazo a la guía telefónica...

El sacudió la cabeza, impaciente.

—No hay dos huellas dactilares iguales, Cindy. Las huellas de la vieja muerta son las de Sally. La Sally que tú y yo conocíamos. La policía lo ha comprobado sin lugar a dudas.

Cindy sintió que le temblaban las piernas.

—Deben haberse equivocado...

—El Yard no se equivoca en estas cosas. El sargento Peerles pidió ayuda a Londres y Scotland Yard se ocupó de la identificación. Las huellas no mienten. Era Sally Morley... de veinticinco años.

Cindy estaba lívida.

—¿Cómo puedes explicar ese horrible envejecimiento, sólo en dos semanas?

—Nadie puede explicarlo. Y hay algo más que tampoco tiene una explicación razonable... El doctor Malloy le practicó la autopsia.

—¿Y ...?

—Casi todos sus órganos vitales estaban destruidos. Muertos. Ella se estremeció, incrédula.

—¿Estás seguro de que has oído bien, Artie? Nadie en esas condiciones hubiera vivido una hora.

—Según el doctor Mallory, Sally vivió porque se aferraba desesperadamente a la vida.

Luchaba por vivir, aunque sin ninguna posibilidad.

—Es algo espantoso, de pesadilla. ¿Qué piensan hacer los policías?

—No lo sé. Pero yo sí voy a hacer algo, Cindy.

—¿Tú?

—Volveré a Dorset para hablar con el doctor Malloy, y si realmente las cosas son como las ha contado el sargento iré a ese maldito lugar al que Sally fue a trabajar... Maylander, dijo. Sólo allí pueden haberle hecho esa monstruosidad...

—¿Crees realmente que alguien puede provocar esa metamorfosis en un ser humano?

Convertirlo en un anciano de noventa años teniendo tan sólo veinticinco...

—Puede ser debido a cualquier cosa... ¿Cómo demonios puedo saberlo? Quizá algún tipo loco de atar quiso realizar un experimento con cualquier droga. Hay chiflados así y tú lo sabes..,

—Me resisto a creerlo.

Artie soltó un juramento entre dientes.

—En cierto modo, Cindy —gruñó—, los científicos que han creado las armas químicas y bacteriológicas no son otra cosa que dementes ansiosos de gloria y de poder. Existen armas capaces de barrer al género humano de extensas zonas del planeta, destruyéndolo del modo más atroz que puedas imaginar. Pienso que cualquiera con conocimientos suficientes, puede haber hecho un descubrimiento análogo... eligiendo a Sally como sujeto de

experimentación. De cualquier modo, puede haber otras muchas explicaciones tan fantásticas como ésa, porque lo ignoramos todo al respecto. Por eso voy a ir allí.

—Pero si no sabes siquiera a qué lugar fue a trabajar ni con quién. Sólo conoces el nombre del pueblo.

—Alguien vería a Sally. Fue allí en tren y debió de preguntar las señas de la casa a donde iba contratada. Yo encontraré el rastro.

—Está bien, iré contigo, Artie,

—¿Tú?

—¿Qué tiene de malo?

—Todo. Puede que haya peligro.

—¡Espléndido! Es la primera vez en mi vida que se me presenta la oportunidad de vivir una aventura. No pienso desperdiciarla, querido..

—Estás loca, Cindy.

—No más que tú.

—Olvídalo. Si hay riesgos en este asunto no quiero tener que preocuparme por ti. Ya tendré suficiente trabajo cuidándome de mi propio pellejo.

—Si de verdad crees que habrá peligro, ¿por qué vas a arriesgarte? Después de todo, es un trabajo de la policía.

—Porque Sally no merecía ese horrible fin. Por eso, y porque creo sinceramente que estoy en deuda con ella.

Cindy desvió la mirada.

—Nunca creí que fueses un sentimental, Artie —murmuró.

—No lo soy. Bueno, por lo menos eso creo. Pero estamos desviándonos del asunto. No quiero que vengas conmigo a ese maldito lugar, Cindy, y eso es definitivo.

Ella hizo un mohín de contrariedad.

—Está bien —claudicó—. Pero Sally también era amiga mía..., una de las mejores amigas que tuve jamás. Espero tener noticias de tus progresos, Artie.

—¡Eh, espera un minuto! ¿Adónde crees que vas?

—He recordado que tengo un compromiso. Y tú necesitas tiempo para preparar el equipaje... Te veré cuando vuelvas.

—Escucha, no seas chiquilla, Cindy...

Ella ya estaba junto a la puerta. Ladeó la cabeza y le miró con una chispa traviesa en sus bellos ojos oscuros

—Adiós, querido... Salió y cerró de golpe.

Artie se quedó maldiciendo entre dientes. Disgustado, se encaminó al dormitorio para preparar una pequeña maleta de viaje.

Si hubiera podido seguir los pasos de Cindy seguramente habría maldecido con mucho más entusiasmo...

CAPITULO V

Cuando se abrió la puerta, Cindy sonrió a la bonita muchacha que apareció en el umbral.

—Hola, Pauline —dijo—. ¿Puedo pasar?

—Naturalmente.

—No estaba segura de encontrarte en casa...

Esperó a que la muchacha cerrara la puerta. Pauline era modelo, y su tipo estilizado y grácil lo delataba a simple vista.

—Aún no he podido acostumbrarme a la idea de que Sally esté muerta —comentó la que fuera compañera de apartamento de Sally Morley—. Fue una noticia terrible.

—Fue mucho más que eso... y precisamente a causa de la muerte de Sally estoy aquí.

¿Te importaría que diera un vistazo a sus cosas?

—Está todo en la habitación que ocupaba..., puedes verlo tú misma. ¿Es que hubo algo raro en ese empleo que aceptó?

—Tal vez, aunque no puedo decirte nada de momento.

—Estás muy misteriosa, Cindy.

—Es que no estoy segura de nada respecto a este asunto, Pauline.

Esta abrió una puerta y Cindy vio una habitación pequeña, luminosa, bien ordenada excepto por la maleta abierta que había encima de la cama.

—Puse todos sus papeles en esa maleta. Supongo que alguien vendrá a recoger sus cosas. Una vez la oí decir que tenía algún pariente en Escocia...

—Dudo que lleguen a enterarse de su muerte. Daré un vistazo a todo eso.

Había facturas pagadas, cartas de amigas y amigos desde distintos lugares de Europa donde pasaron sus vacaciones; alguna que otra fotografía de esos mismos amigos, generalmente en playas bañadas de sol, y nada más.

—No lo comprendo. Debería haber las cartas que se cruzaron entre ella y la empresa que la contrató por última vez...

—No las hay —dijo Pauline—. Se las llevó con ella,

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Comentó que era raro que le pidieran que las llevara. La vi guardarlas en su bolso de viaje.

Cindy arrugó el ceño,

—¿Leíste acaso esas cartas?

—No, pero sé que le ofrecían un salario impresionante, como secretaria de una señora que vivía sola,

—¿Qué señora, dio algún nombre?

—Eso no lo sé. ¿Qué es lo que buscas realmente, Cindy?

—El lugar adonde fue a trabajar.

—A Kingsdale Manor, en Maylander, Cindy dio un respingo.

—Kingsdale Manor...

—Eso es. Oye, ¿qué está pasando con todo eso, por qué tienes tanto interés en saberlo?

—Pauline, Sally murió de un modo horrible. La policía está investigando, y yo quiero saber tanto o más que los policías, aunque sólo sea para fastidiar a un adorable sinvergüenza. Gracias por tu ayuda, querida.

Pauline tenía muchas más preguntas en el disparadero, pero Cindy se las ingenió para abandonar el apartamento tan rápidamente que ninguna de aquellas preguntas pudo ser formulada.

* * *

El doctor Malloy, del hospital de Dorset, dijo después de encender un cigarrillo:

—Yo también pagaría cualquier precio por conocer la respuesta exacta a ese misterio, señor Loren, Pero lo cierto es que, científicamente, no existe la menor explicación racional. He pedido autorización para efectuar algunos análisis y estudios en profundidad con los órganos de ese cadáver...

Artie sacudió la cabeza.

—Pero usted realizó ya la autopsia...

—Ciertamente, pero necesito mucho más si hemos de averiguar qué clase de fenómeno afectó a esa muchacha. En principio, sólo podemos presumir que “algo” provocó el fulminante envejecimiento de todos sus órganos y tejidos. Aparentemente, en sólo unas horas esa muchacha pasó de veinticinco años a noventa, y todos sabemos que un fenómeno de esa naturaleza es imposible.

—No obstante, la policía ha establecido sin ninguna duda su identidad...

—Así es.

—Entonces, doctor, es incuestionable que el fenómeno se produjo de algún modo. Malloy expelió el humo del cigarrillo como una caldera a presión. Artie añadió:

—Se me ocurre que sería más fácil hacer las averiguaciones en el lugar donde se produjo el fenómeno en cuestión,

—¿Conoce usted ese lugar?

—Maylander. Ese es el pueblo adonde Sally fue a trabajar contratada por alguien.

—Maylander es ciertamente un pueblo. No muy grande, y donde todo el mundo se conoce poco más o menos. Además, tiene una extensa comarca salpicada de grandes haciendas. ¿Cree usted que en un sitio así alguien podría realizar siniestros experimentos sin que toda la comunidad metiera la nariz y sembrara la comarca de rumores?

—Sally se dirigió a Maylander. Alguien allí la contrató, de manera que ese alguien habrá de dar algunas explicaciones sobre lo ocurrido con la muchacha.

—Hable con el sargento Peerles, Tal vez la policía pueda.

—Lo haré yo —le atajó Artie, ceñudo—, Ojalá encuentre al responsable de lo ocurrido..., porque le haré arrepentirse de haber nacido.

—Esa me parece una actitud descabellada, señor Loren.

—Posiblemente lo sea, pero si se detiene a pensar en ello, no me negará que todo este asunto es descabellado, una auténtica locura.

Tras un silencio, el doctor dijo:

—¿Ha pensado que, si realmente descubre usted a quienquiera que sea que realizó esa metamorfosis se colocará en una situación muy peligrosa?

—Aprendí a cuidarme de mi mismo hace mucho tiempo, doctor. Gracias por su ayuda. Volveré a verle si descubro lo que sucedió con Sally.

—No deje de hacerlo. Confieso que nunca antes me había apasionado por nada hasta ese extremo.

Artie Loren estrechó la mano del médico y abandonó el hospital.

Condujo su coche hacia la carretera y cuando dejó atrás los suburbios de Dorset aceleró a fondo, impaciente por llegar al escenario de la desaparición de Sally, al pozo negro de misterio donde la muchacha se había metamorfoseado en un proceso espeluznante, horrendo, que era preciso poner al descubierto.

Aunque eso no era tan fácil como manejar un coche deportivo a noventa millas por hora en una carretera desierta...

Llegó a Maylander casi al mismo tiempo que el tren nocturno procedente de Londres.

* * *

Cindy se apeó en el oscuro andén, comprobando que ningún otro pasajero descendía del tren cuya locomotora resoplaba en el extremo más alejado de la estación.

Se le antojó aquél un lugar desolado. Le pareció como si de repente hubiera caído en un planeta desconocido, poblado de sombras y temores, y el pensamiento de que a ese mismo sitio había llegado Sally Morley no contribuyó a despejar sus aprensiones.

A lo lejos vio oscilar una luz. El convoy se puso en marcha y el estrépito la obligó a reaccionar. Necesitaba alguien a quien preguntar...

Echó a andar hacia donde viera moverse la luz de señales. La luz procedía de un farol que ahora estaba abandonado junto a la pared, creando a su alrededor una aureola de luz amarillenta.

Cindy se acercó a la puerta más próxima y exclamó:

—¿Hay alguien ahí? No obtuvo respuesta.

Sin embargo, el jefe de estación no podía estar lejos, ya que había manejado el farol de señales.

Acabó empujando la puerta y asomándose al interior. Dio tal grito que hasta los cristales vibraron.

Dejó de gritar y cerró un instante los ojos con la esperanza de que aquello

fuera una pesadilla, una jugarreta de la pobre luz de aquella estancia.

Cuando los abrió, la pesadilla seguía allí, espeluznante, con la sangre salpicando las paredes, el suelo y el mostrador donde estaban las taquillas cerradas.

La sangre procedía del hombre tirado junto a la pared, donde estaba hecho un ovillo, con la cabeza aplastada y casi separada de! tronco por una enorme cuchillada. Tenía los ojos inmensamente abiertos, como si en el último segundo de su vida hubiera contemplado todos los horrores del infierno. Su boca crispada dejaba escapar todavía un hililllo de sangre. Parecía como si estuviera a punto de proferir un grito de espanto.

Cindy logró que sus piernas dejasen de temblar y desvió la mirada Por un instante pensó que el asesino podía estar cerca aún, acechándola. Sintió tentaciones de echar a correr.

Sólo retrocedió poco a poco.

El estruendo del tren se había desviado ya .en la distancia y todo era silencio. Un silencio tan denso que casi lo sintió sobre su propia piel, envolviéndola como un negro sudario.

Pensó que no podía haber manejado el farol ese pobre hombre, que el asesino debió hacerlo en su lugar para evitar que los maquinistas advirtieran ninguna anomalía. Eso quería decir que el criminal debió verla descender del tren... y que no podía estar muy lejos.

Echó a correr, abandonando su pequeño maletín de viaje. Antes no encontró la salida se estrelló dos veces contra puertas cerradas, pero cuando halló la reja abierta voló por una reducida plazoleta.

No se detuvo hasta que la hubo atravesado, y sólo entonces cayó en la cuenta de que no había nadie a la vista y que por consiguiente no tenía ni la más remota idea de adonde dirigirse para pedir socorro.

Miró en torno sintiendo el loco golpeteo de su corazón. De la plazoleta partían cuatro calles y la iluminación no era buena en ninguna de ellas. Miró también hacia la oscura mole de la estación, pero tampoco allí pudo advertir el más leve movimiento.

De modo que tanto daba una calle como otra. Echó a andar apresuradamente por la primera y cinco minutos más tarde descubrió un rótulo luminoso.

Apenas podía creerlo, pero allí, ante sus narices, había nada menos que una posada. Era una casa con fachada típica de madera, y bajo el rótulo colgaba una silueta de hierro en forma de caballo.

No se entretuvo en leer el rótulo. Empujó las puertas y entró disparada.

Una mujer que hacía calceta a un lado del vestíbulo, detrás de, algo parecido a un mostrador, levantó la cabeza sobresaltada.

—¡Por favor..., la policía...! La mujer dio un respingo.

—¿Policía?

—¡Sí, sí...! Un crimen... horrible...

—Pero, muchacha, ¿se ha vuelto loca? No comprendo lo que quiere decir.

¿Quién ha cometido un crimen?

Ella señaló hacia fuera.

—En la estación. ¡Oh, Dios, debe creerme! Han matado a un hombre..., creo que es el jefe de la estación...

—¿A Paul Welcome? No diga tonterías. Nadie haría daño a ese buen hombre.

—¿Quiere llamar a la policía de una vez?

—Bueno, o está usted loca, o hay alguien muerto en alguna parte, así que le haré caso. La mujer descolgó un teléfono y habló apresuradamente con alguien a quien llamó

Craddock. Después colgó y mirando fijamente a la muchacha gruñó:

—Dice la policía que no se mueva usted de aquí, señorita... esto... ¿Dijo su nombre?

—No. Soy Cindy Roberts —suspiró profundamente y añadió—: Quisiera tomar una habitación aquí, señora.

—¿Y el equipaje?

—Dejé la maleta en la estación cuando salí corriendo.

El policía llamado Craddock llegó cinco minutos después, jadeando y resoplando porque era un individuo gordo como un tonel y debía costarle lo suyo mover tal humanidad, ¿llevaba el uniforme con muy poca marcialidad debido a su oronda figura.

—Bueno, Claire, ¿qué es eso de un crimen? Aquí no pasan estas cosas. ¿De dónde...? Su voz se extinguió cuando la dueña de la posada señaló perentoriamente a Cindy.

De modo que fue ésta quien explicó:

—Lo vi en la estación..., estaba muerto y había sangre por todas partes. Y le aseguro a usted que no vi visiones.

—¿Y era el jefe de estación?

—Bueno, llevaba el uniforme de los ferroviarios. —Muy bien, iré a ver.

—Le acompañaré. Olvidé mi maleta allí, ¿sabe? La dueña de la posada rezongó:

—¿Se decide a tomar una habitación o no?

—Por supuesto que sí. Volveré en cuanto haya recuperado mi maleta.

Salió en pos del orondo policía. Mientras caminaban en la oscuridad, la muchacha explicó su horrible aventura, desde el instante en que abandonara el tren hasta que llegó a la posada.

—Si se trata de Paul, alguien debe haberse vuelto loco de remate —opinó Craddock—. Es el mejor hombre del mundo

La estación continuaba desierta y silenciosa. El policía se detuvo en el andén, mirando hacia donde relucía el farol amarillento.

—Bueno, ¿dónde está? —graznó.

Cindy señaló la puerta que había más allá del farol.

La visión del sangriento espectáculo pareció sentar muy mal a Craddock. Su cara adquirió un curioso color terroso y hubo de girar la cabeza a un lado

para huir de aquel horror.

—Tenía usted razón —jadeó saliendo otra vez al andén—, Y es Paul... Bueno, era. No lo comprendo... Oiga, ¿y ahora qué le pasa a usted?

—Mi maleta.

—¿Qué?

—Ha desaparecido.

El policía se llevó las manos a la cabera.

—¿Desaparecido? —jadeó—. ¿Está segura que recuerda dónde la dejó?

—Ahí... Estaba ahí cuando eché a correr.

—Aquí no hay ladrones, señorita. Llevo diez años de policía en Maylander, y excepto algún que otro altercado nunca he tenido casos de robo. Y de pronto, en una noche, tengo un asesinato de lo más salvaje, y un robo entre las manos...

—¡Le digo a usted que dejé mi maleta ahí, al lado de la puerta!

—Está bien, está bien, no me grite. Alguien se ha llevado su maleta. Pero quien sea debe haber visto eso de ahí dentro... y me sorprende mucho que nadie piense en robar una simple maleta después de tropezarse con un espectáculo como ése,

—Quizá..., quizá fue el propio asesino, señor Craddock

—¿Qué?

—Tal vez estaba escondido cerca de aquí, y cuando me vio salir corriendo se apoderó de mi maleta.

—¿Puede decirme por qué un criminal haría una cosa tan idiota?

—No lo sé... O quizá sí.. ¡Dios mío!

—¿Qué le pasa?

—¡Quería saber quién era yo! ¿No lo comprende? No se atrevió a atacarme cara a cara, pero quiso saber quién soy...

Craddock estaba cada vez más desconcertado.

—¿Para qué? —insistió—. ¿Para matarla también? Ella se estremeció violentamente.

—Pudiera ser —susurró sin voz.

—No lo creo. Usted no le vio, de modo que no significa ningún peligro para él. No le conoce, no podía identificarlo de ningún modo.

—Pero él no está seguro de eso. Debió verme cuando me apeé del tren, y si fue él quien manejó el farol de señales es posible que piense que sí le vi, a pesar de la oscuridad reinante. Y lo cierto es que sólo vi una silueta alta y delgada y nada más.

—¿Era un hombre alto y delgado el que manejaba el farol?

—Eso me pareció, pero tampoco estoy segura.

—Sí, es posible que ese miserable crea que usted le vio. Regrese a la posada hasta que yo termine aquí. Es preciso seguir examinando su situación, señorita...

—Roberts, Cindy Roberts. Pero no pienso recorrer sola esas calles, de modo que esperaré aquí, si no le importa.

El gordo se encogió de hombros. No tenía malditas las ganas de entrar otra vez en el sangriento escenario de aquella bárbara muerte, pero sobreponiéndose a sus escrúpulos, a sus náuseas, dio media vuelta y desapareció de la vista de Cindy.

La muchacha permaneció al lado del portal, quieta y estremecida, sintiendo en la espalda el frío de la pared. O quizá fuera el hielo que parecía recorrerle el cuerpo como la descarnada caricia de la muerte...

CAPITULO VI

Al regresar a la posada en compañía del policía, Cindy ni siquiera advirtió el coche deportivo que había estacionado delante de la entrada. Luego, al detenerse junto al pequeño mostrador, vio a Artie y con un grito de alivio se echó en sus brazos.

Artie Loren la sujetó tan sorprendido que durante unos instantes no acertó a pronunciar una palabra.

Después balbuceó:

—¿Qué te pasa, Cindy? Y lo que también me gustaría saber es qué demonios estás haciendo aquí.

Craddock gruñó:

—Tropezar con cadáveres.

—¿Qué?

—Eso es lo que hizo la señorita Roberts, señor..

—Loren. Me llamo Arthur Loren, agente. Cindy dijo con voz entrecortada:

—¡Ha sido espantoso, Artie...! Una cosa horrible.

—Olvidas que no sé de qué estás hablando, querida. De nuevo fue Craddock quien dijo:

—Cuando la señorita Roberts se apeó del tren descubrió el cadáver del jefe de estación. Le habían asesinado de una manera espantosa y eso la alteró.

—Y me robaron la maleta, Artie.

—Creo que voy a perder la cabeza. ¿Qué tiene que ver tu maleta con un hombre asesinado?

—Todo. ¿Es que no lo comprendes? —exclamó la muchacha, alterada y nerviosa.

—Opino que necesitas tomar algo fuerte que te entone un poco...

—¡Pero, Artie, el asesino se llevó mi maleta!

—¡Cuernos! ¿Para qué la quería?

—No entiendes nada esta noche... Craddock gruñó:

—La señorita piensa que el criminal se llevó la maleta con la intención de encontrar algo en ella que le permita identificarla, saber quién es... para matarla también,

Artie dio un respingo.

—¿Por qué infiernos va a querer matarte a ti, nena?

—Porque le vi. Bueno, él cree que le vi, que podría reconocerle. ¡Y no es cierto, Artie, te juro que no es cierto! Sólo vi una silueta alta y delgada manejando el farol y...

—Espera un minuto, querida. ¿Un tipo algo y delgado? Craddock se anticipó.

—¿Lo vio usted también?

—¡Maldita sea! Estuve a punto de atropellar a alguien así... alto y delgado como un sarmiento. El condenado tipo salió corriendo de una esquina y por

milagro no acabó bajo las ruedas del coche.

—¿Le vio usted bien?

—No..., fue sólo un segundo. El siguió corriendo como alma que lleva el diablo y desapareció. Pero juraría que era alguien viejo y macilento..., aunque un viejo no hubiera podido correr de aquel modo.

Craddock se rascó el cogote, para lo cual hubo de despojarse del casco.

—Nos ha caído una buena —rezongó—. He de ocuparme de que manden alguien a la estación... Espero que no se marche usted del pueblo sin hablar antes conmigo, señorita. Y si ve algo sospechoso no dude en llamarme. ¿Va a quedarse usted también, señor Loren?

—Un par de días, supongo. No se preocupe, yo cuidaré de ella. Craddock asintió y tras despedirse se fue disparado.

Por primera vez, la dueña de la posada pareció salir de su estupor.

—Imagino que desearán habitaciones separadas... Cindy susurró:

—Te juro que estoy tan asustada que no me importaría compartir una habitación contigo... Desde luego, señora —añadió en voz alta—. Habitaciones separadas. Y quiero que la mía tenga llave en la puerta.

—Desde luego, podrá usted cerrar por dentro si quiere, aunque le aseguro que nadie vendrá aquí en su busca. Hay un vigilante nocturno, ¿sabe?

Cindy asintió, suspirando. No dijo que si quería cerrar la puerta era debido a la turbadora proximidad de Artie.

Este la llevó al saloncito donde había el bar y unas mesas. Luego fue en busca de bebidas y cuando volvió a reunirse con ella dijo:

—Ahora, veamos si ponemos las cosas en claro, preciosa. ¿Cómo diablo se te ocurrió venir a Maylander? Te advertí que no quería que... Oh, al diablo. Lo creas o no, me alegro mucho de verte, cariño.

—No te pongas tierno, Artie, te juro que no estoy en condiciones de apreciar tu indudable encanto personal. Si hubieses visto a aquel hombre... con toda la sangre alrededor y aquel horrible corte en la garganta...

—Olvídalo, no vas a arreglar nada inquietándote pollo que viste. Lo malo es que me he quedado sin mi principal fuente de información.

—¿Qué quieres decir?

—Yo pensaba interrogar al jefe de estación porque cuando Sally llegó debió preguntar a alguien la dirección que buscaba, y lo más lógico era pensar que lo preguntara al jefe de estación.

—Yo sé adonde fue, Artie.

—¿Que tú...? ¡Maldita sea, y en Londres te lo callaste!

—No lo sabía cuando nos vimos por última vez. Después hablé con la compañera de apartamento de Sally... Esta vino contratada a Kingsdale Manor, en Maylander.

—Kingsdale Manor... Suena a algo importante, ¿no te parece?

—Tal vez ni siquiera llegó allí. ¿No has pensado en eso? Quizá la interceptaron, raptándola para ese experimento del que tú hablaste, o lo que fuere que le hicieron,

Artie hizo una mueca de contrariedad,

—Todo son conjeturas —gruñó—. No sabemos nada de nada, pero si ella fue a Kingsdale Manor, sea eso lo que sea, allí iré yo también.

Cindy bebió un sorbo, mirándole. Una lenta sonrisa afloró a su cara de pronto.

—¿Sabes, Artie? No me gustaría nada verte convertido en un viejecito de noventa años.

El dio un respingo.

—No vuelvas a decir eso ni en broma, cariño. Siento que podría empezar a chillar sólo de pensarlo,

—Sin embargo, estás ahí sabiendo a lo que te expones.

—Lo mismo podría decirte.

—Bueno, lo creas o no, me arrepiento de haber venido. Empiezo a pensar que yo no nací para heroína.

—Entonces, vuélvete a Londres en el primer tren que pase en esa dirección.

—¿Y tú, regresarías conmigo?

—No, Cindy.

—Ahí tienes. Nada te obliga a quedarte tampoco, sin embargo, insistes en arriesgarte.

—Es distinto. ¿No lo comprendes? Sally me llamó, me pidió desesperadamente ayuda hasta en su último aliento, y yo no pude hacer nada por ella, así que por lo menos trataré de vengarla y evitar que quien sea repita el experimento con otra mujer.

Cindy asintió en silencio. Luego susurró:

—Te comprendo, Artie, pero dime una cosa... ¿Amabas a Sally?

—Eso es un tanto complicado. Era una gran chica y uno se sentía feliz a su lado. Pero no creo que lo que sentía por ella fuera realmente amor.

—¿Era una buena amante, Artie? El se removió, inquieto.

—Nena, haces cada pregunta de antología, ¿Qué esperas que te responda?

—Sí, o no. Ya no puede ser más sencillo.

—Entonces la respuesta es sí.

—Entiendo.

Vagamente, oyeron el timbre del teléfono repicar en el vestíbulo. Un instante después, la dueña asomó la cabeza.

—El agente Craddock la llama al teléfono, señorita, Cindy corrió al aparato, seguida por Artie.

—Hable, soy Cindy Roberts —dijo.

La voz del policía le llegó con su clásico jadeo.

—Tengo su maleta en mi oficina, señorita. La encontraron en una callejuela, no muy lejos de la estación. La habían abierto y todo su contenido estaba desparramado por el suelo. ¿Le importaría venir y comprobar si falta algo?

—Por supuesto, ahora mismo, señor Craddock. Colgó y le explicó a Artie

lo sucedido.
—¿Llevabas algo de valor en la maleta?
—Nada, sólo lo imprescindible para un fin de semana. ¡Oh, claro que llevaba algo de valor!
—¿En el maletín de fin de semana?
—Un libro de cheques de viaje.
—Iría a tu nombre, claro.
—Por supuesto que sí.
Salieron los dos en dirección a lo que la dueña de la posada llamó pomposamente “comisaría”.
No estaba lejos del hotel, y al llegar vieron que la tal comisaría era un cuarto mediano en una planta baja, al lado de la oficina de telégrafos. En el mismo edificio estaban la central telefónica y Correos.
El obeso Craddock resoplaba al otro lado de una desordenada mesa.
—Aquí está todo, señorita. Yo mismo recogí sus prendas esparcidas por el suelo. Ella las revolvió apresuradamente.
—Lo que temía —suspiró—. Falta un talonario de cheques de' viaje.
—¿Está segura que lo llevaba en el maletín?
—Completamente. Lo puse en esta bolsa lateral.
Cindy perdió el color ante las implicaciones de aquella desaparición. Craddock refunfuñó:
—El ladrón no podrá cobrarlos. Tal como están extendidos ahora sólo el titular del talonario puede hacerlos efectivos, así que no se los llevó para cobrarlos...
—Quería saber quién era yo —susurró Cindy, temblando.
—Eso parece. A menos, claro está, que llevase usted otros documentos de identidad en el maletín...
—Todos mis documentos estaban en el bolso de mano.
—Entonces, mucho me temo que usted tenga razón. Ese demonio quería estar seguro de su identidad, señorita Roberts.
Artie propuso:
—Deberías regresar a Londres inmediatamente. Puedo llevarte en el coche si viajar conmigo ha de tranquilizarte.
—Y tú, ¿te quedarías en Londres también, conmigo?
—No. Sabes perfectamente por qué vine aquí.
—Entonces, me quedo contigo.
Artie sintió tentaciones de abofetearla a pesar de todo. Volviéndose hacia Craddock indagó:
—¿No tiene usted a nadie que pueda custodiarla? Craddock sacudió la cabeza.
—No hay más agentes que yo, señor' Loren. Este es un pueblo pequeño y tranquilo. En caso de surgir alguna complicación grave, debo pedir ayuda a la policía de Dorset.
—Y un asesinato... ¿no es una complicación grave? Craddock se encogió

de hombros.

—Lo crea usted o no, nunca se había cometido un crimen como éste en Maylander, señor Loren. Al hablar de complicaciones graves me refería a catástrofes naturales. Por ejemplo, hace dos años tuvimos una inundación terrible. Y poco después un viento huracanado que derribó casas, postes telegráficos y hasta el puente. Hubo necesidad de que vinieran a ayudarme a mantener el orden y evitar actos de pillaje. ¿Comprende?

—Creo que sí... ¿Qué piensa hacer con la maleta?

—Pueden llevársela, ya fotografié las huellas dactilares.

Artie casi se cayó de espaldas. Miró la ancha cara de luna del policía al que hasta entonces había considerado poco menos que un infeliz y balbuceó:

—¿Usted hizo eso?

—Por supuesto..., igual que en la estación. Buenas noches, señorita. La llamaré si aparece su talonario de cheques.

Auténticamente sorprendido, Artie escoltó a la muchacha hasta la calle y allí balbuceó:

—¡Que me cuelguen! ¿Qué sabrá ese hombre de huellas y técnicas policíacas modernas?

—Vuelve adentro y pregúntale si quieres.

—¡Al diablo! Me ha sorprendido, de veras.

Cargado con el maletín de la muchacha Artie caminó de vuelta a la posada, con Cindy colgada de su otro brazo.

Sólo esa cálida proximidad lograba despejar en parte sus sombríos pensamientos.

CAPITULO VII

Un rótulo luminoso sobre la entrada rezaba: Horseshoe Pub.

Artie se detuvo bajo la pomposa marquesina y gruñó:

—Después de todo quizá éste no sea un pueblo tan aburrido como pensábamos, ¿no te parece?

—Es sólo una taberna, según la dueña del hotel.

—Ninguna taberna respetable estaría abierta a estas horas, así que vayamos a ver si nos sirven de beber.

Empujó los batientes y se colaron a un interior sumido en una semipenumbra cómplice e incómoda.

Había diminutas mesitas adosadas a las paredes, columnas de madera aquí y allá, como puestas por un decorador que hubiera perdido el sentido de la orientación, y un mostrador en forma de herradura al fondo.

Por lo demás, toda la decoración se basaba en herraduras para hacer honor a su nombre.

Había cinco o seis parejas sentadas en las mesitas, y un pequeño grupo de hombres en un rincón, discutiendo con voces quedas, un mozo alto y de cabello negro y largo atendía el mostrador.

Artie ayudó a Cindy para que se encaramase en uno de los altos taburetes y él se instaló a su lado. Una música suave flotaba en el aire en un tono lo bastante bajo para no entorpecer las conversaciones.

—Cerveza para mí —pidió Artie Loren—. ¿Qué prefieres tú, querida?

—Lo mismo.

El mozo le dirigió una penetrante mirada. Era un muchacho atlético, con una cara demasiado bonita para ser del agrado de una mujer como Cindy, no obstante, ésta no pudo por menos que advertir el descaro con que él la miraba.

Les sirvió las cervezas y se alejó. Artie dijo, zumbón:

—Ahí tienes un "ligue”, cariño. Le has impresionado.

—Ese no es mi tipo, ya deberías saberlo.

—Me tranquilizas.

Probó la cerveza. Estaba fría y buena y en pocos segundos la hubo terminado. Encendió dos cigarrillos y le pasó uno a la muchacha.

—Bueno, preciosa, ya que te metiste a detective, ¿por dónde empezamos?

—Por ese Kingsdale Manor,' naturalmente.

—Primero hemos de averiguar dónde está, y quién es el propietario, y qué hace cuando no se dedica a experimentos de brujería con muchachas.

—No bromees, por favor.

—Lo siento, sólo trataba de animarte un poco.

—Podríamos preguntarle al mozo.

Artie miró en torno. Las parejas tenían sus propias preocupaciones y no se fijaban en nada más. Los hombres del rincón se habían levantado, disponiéndose a retirarse. El mozo salió del mostrador y estuvo hablando con

ellos y cobrándoles las consumiciones. Los clientes se fueron, y el mozo, tras despedirles en la puerta, se dirigió a las mesas ocupadas y empezó a cobrar a cada pareja.

Artie comentó:

—Si eso no es una invitación para largarse, yo soy el obispo de Canterbury. El tipo tiene prisa por cerrar.

—Tal vez tiene una cita.

—Es posible.

—Estamos convirtiéndonos en unos chismosos, querido.

—Es la influencia lugareña... Llámalo y pregúntale lo que nos interesa, antes de que nos eche también.

Esperaron a que volviera al mostrador. Artie le llamó y Cindy dijo:

—Usted debe conocer a todo el mundo en el pueblo, ¿no es cierto?

El mozo sonrió. Artie hubo de reconocer que era un hombre atractivo, sobre todo para según qué clase de mujeres impresionables.

—Desde luego —afirmó—. ¿Se interesan por alguien en particular?

—Nos gustaría saber qué es Kingsdale Manor. La sonrisa se borró de la cara del muchacho.

—¿Kingsdale Manor?

—Efectivamente. ¿Qué le sorprende? El sacudió la cabeza.

—Nada..., nada, ciertamente. Sólo que ayer conocí a la hija de la propietaria. Fue la primera vez que la vi... Nunca salen de ese caserón suyo.

—¿Está en el pueblo?

—No, claro que no. Queda como a dos millas, al borde de las marismas.

—¿Y es una mujer la propietaria?

—Bien, que yo sepa siempre ha pertenecido a mujeres solamente. En la actualidad deben quedar nada más la madre y la hija, aparte del sirviente:

—¿No tienen otras empleadas? Ya sabe, camareras, secretarias, cosas así.

—Nunca oí decir que las hubiera. Sólo ese viejo esperpento del criado. El ocupa todos los puestos según comenta la gente. Chófer, jardinero, cocinero... ¿Qué sé yo. ¿Por qué tienen tanto interés en esa gente? Si fuera algo importante yo podría... Bueno, quiero decir, conociendo a la joven de la casa quizá..., ¿eh?

Artie suspiró.

—Gracias, es usted muy amable. Sólo sentimos curiosidad por la casa. Nos hablaron de ella, ¿comprende? De su valor histórico y arquitectónico.

La improvisación impresionó al mozo.

—Entiendo —dijo, a pesar de no comprender nada— Y ahora, si no les molesta..., he de cerrar, ¿saben?

—Oh, claro.

Artie depositó unas monedas sobre el mostrador y ambos saltaron de los taburetes. Fueron los últimos en abandonar el establecimiento, así que tan pronto hubieron salido el mozo se apresuró a cerrar las puertas. Luego corrió a cambiarse de ropas y colocándose ante un espejo examinó su aspecto.

Retocó su peinado y le sonrió a su propia imagen.

Cuando salió a la calle se detuvo en la casa y encendió un cigarrillo. Luego echó a andar rápidamente, con pasos largos y ágiles.

Dejó atrás el pueblo y emprendió el camino de las marismas. Conocía bien el terreno y avanzó cortando por entre los campos. Se alzaban jirones de niebla que el aire traía desde los cercanos pantanos, pero ni la niebla podía hacerle perder el sentido de orientación.

Era una buena caminata, pero él habría andado el doble para obtener el premio que le esperaba al final.

Atravesó un bosquecillo y apareció de nuevo el camino. Apresuró el paso y al fin, a lo lejos, distinguió las luces de la gran casona.

Ahí estaba. Casi corrió hasta la verja, que estaba abierta tal como quedara convenido. Siguió por el sendero de gravilla, entre los corpulentos árboles que se alzaban a ambos lados, y cuando llegó ante la puerta principal se detuvo unos instantes, jadeando y controlando su agitada respiración.

Al fin, llamó y se quedó esperando.

Casi un minuto más tarde, la puerta se abrió y ella le sonrió desde el umbral.

—Siento llegar tarde —balbuceó—. Hubo mucho trabajo esta noche...

—No importa, John. Entra.

El adelantó unos pasos y esperó a que ella cerrara el portalón.

Quedaron mirándose unos instantes. Los profundos, azules y fríos ojos de Melanie Kingsdale le recorrieron de arriba abajo con auténtica voracidad.

—¿No tienes nada que decir? —runruneó. El tragó saliva.

—Estoy impresionado —murmuró—. Una mujer como usted...

—¿Te sorprende que me interese por ti?

—Bueno, sorprenderme es poco. Desde ayer que vivo contando cada minuto.

—Ven...

El la siguió. La esplendorosa mujer vestía una túnica blanca que la cubría desde el cuello a los pies, envolviéndola por completo. No obstante, debajo de la seda se adivinaba la firmeza de su cuerpo y él empezó a imaginarla desnuda y casi se ahogó.

—Beberemos algo, ¿quieres? Después te llevaré a mi alcoba.

—¿No será peligroso para usted? Quizá su madre, o el sirviente...

—No temas, nadie nos molestará. En absoluto. Y no me trates con tanto ceremonial, querido. Tú y yo debemos conocernos mejor esta noche.

El la contempló mientras la hermosa dama preparaba unas bebidas. Luego, le ofreció un vaso y él dio una mirada desconfiada al líquido ambarino.

—No es ningún veneno, tonto —rió Melanie—. Te gustará. Lo probó. Tenía un gusto dulzón y agradable.

—Es bueno...

—Termínalo..., hace que una se sienta como flotando en el espacio...

Ella también bebió el suyo rápidamente. John la imitó apurando el

contenido del vaso como un sediento.

Ella se lo quitó de la mano y sonriendo susurró:

—Ahora te sentirás mucho más animoso, estoy segura.

Lo que, él empezaba a experimentar era una salvaje urgencia, un ansia incontenible de abrazarla. Melanie sonrió_ con su mirada fría brillando como los hielos eternos.

—Ven, sígueme.

El fue tras ella sintiéndose realmente como si flotara. Podía sentirse como si fuera el dueño del mundo, y una ansiedad irrefrenable aumentaba por instantes hasta provocar la angustia.

Subieron una escalinata y ella abrió una puerta. Era un dormitorio como John no había visto nunca otro semejante. Un inmenso espejo cubría toda una pared, de modo que era como si la habitación tuviera el doble de su tamaño.

Melanie cerró la puerta y se detuvo en el centro del cuarto, entre él y la cama. Le miró unos instantes de aquella manera que a él empezaba a inquietarle.

A él le faltó el resuello. Se ahogaba, incapaz de asimilar tanta belleza como ella le ofrecía, altiva y ardiente, un cuerpo blanco increíblemente hermoso.

—Mírame —jadeó la mujer—. Soy tan bella como el más bello sueño... como tú nunca pudiste imaginar en una mujer.

El avanzó como un sonámbulo, con una mirada turbia en sus pupilas. Tendió las manos, ansioso...

—Ven..

Su voz tenía un extraño influyo, dominante y posesiva.

El joven dio un paso, y luego otro, tambaleándose, mientras ella se dejaba deslizar sobre el lecho.

John era incapaz de reflexionar, de pensar en nada que no fuera aquella mujer, aquel cuerpo como jamás viera otro igual.

Ella tendió los brazos, pasándose la lengua por los labios rojos como la sangre. Enloquecido, él se hundió al fin en la salvaje y delirante hoguera que el arder parecía encenderle la sangre.

* * *

John despertó y en los primeros instantes fue como si acabara de nacer a un mundo nuevo y desconocido. No recordaba nada.

Luego su mente se aclaró y dio un respingo. Lo vivido esa noche era para volverse loco.

Intentó incorporarse y no pudo. Asombrado, miró en torno con ojos estrábicos. Aquello no era el dormitorio donde había pasado la noche. Estaba en una estancia de paredes de piedra, alumbrada solamente por una bombilla que colgaba, desnuda, al extremo de un cable que se perdía en la oscuridad del techo.

No comprendía eso. En realidad, comenzaba a dudar de que esta situación fuera real, porque tampoco estaba ya seguro de que fuera real lo que recordaba de unas horas de increíble desenfreno.

Pensó que debía estar en un sótano. Había humedad en las paredes, y el frío era muy vivo. Aunque el frío quizá fuera debido a que se encontraba tendido sobre, una superficie dura, metálica.

Comprobó que no estaba atado. Sin embargo, era incapaz de mover un dedo. ¿Qué diablos significaba eso?

Mientras empezaba a experimentar un agudo espanto, sintiéndose desamparado e indefenso, oyó unos pasos breves aproximándose. Intentó ladear la cabeza, pero tampoco pudo moverla. Sólo sus ojos giraron en la dirección del ruido.

Instantes después, Melanie Kingsdale apareció en su radio de visión. Vestía ahora una túnica negra que flotaba a su alrededor cómo un sudario.

Desesperado, él intentó gritar, suplicar, maldecir con todo el horror del mundo agitándose en sus entrañas.

No pudo emitir un solo sonido. Ella se detuvo a su lado, mirándole con aquellos ojos dominantes y fríos. No era una mirada amistosa, sino que chispeaba de cólera, de odio quizá, aunque él no pudo imaginar una sola razón por la cual aquella mujer pudiera odiarle.

Oyó su voz como si viniera de muy lejos. Al principio no comprendió una palabra. Ella insistió y al fin las palabras se abrieron paso en su entumecido cerebro.

—¿Te sientes orgulloso por lo que hemos vivido juntos? Era absurdo. Una locura.

—Ya sé que no puedes hablar. Ni moverte. Nunca más volverás a moverte, ni a hablar, ni a amar a una mujer, porque vas a morir.

El hubiera querido gritar el reciente espanto, el pavor que culebreaba en sus entrañas. Sólo podía mirar, así que siguió mirando la cara increíblemente hermosa de aquella mujer. Una cara sin alma, fría y ahora distorsionada por el odio.

—Has poseído a la muerte —prosiguió Melanie—. Y debes entregarte a la muerte.

¿Por qué, por qué?, gritaba John sin voz, ahogándose, desbordándose el pánico por sus ojos que casi le saltaban de la cara.

Como si pudiera comprender su silencioso lenguaje, ella añadió:

—Yo lo di todo..., me di por entero, en cuerpo y alma..., para ser escarnecida y burlada, y condenada a una muerte cruel y enterrada viva...

John apenas oía el extraño y monótono runruneo de aquella voz. Ya apenas sabía si estaba a un mundo de pesadilla o si había perdido la razón.

De pronto, otra figura cubierta de negro se movió más allá de la mujer. La cara esquelética del viejo sirviente se inclinó un poco, mirándole con ojos indiferentes, como si contemplara un insecto atrapado en una telaraña.

—Cumple mi eterna venganza, Igor —ordenó la diabólica mujer.

Empavorecido, John siguió los movimientos de aquel hombre hasta donde sus ojos pudieron girar. Le vio detenerse junto a la pared y agarrar una rueda de metal que empezó a girar despacio, con monotonía, casi con indiferencia.

Sonó un sordo crujido y luego algo chirrió allá arriba, en la negrura del alto techo. John giró los ojos hacia el sonido.

Algo estaba moviéndose sobre él, más arriba de la luz.

Algo como una tabla, mientras continuaba el chirrido metálico.

Cuando aquello que descendía fue bañado por la luz de la bombilla, el horror hizo aullar en silencio al desgraciado. Era efectivamente, un tabla, pero erizada de afiladas cuchillas cubiertas de moho. Y bajaba sobre él y las cadenas que sostenían el infernal artilugio seguían rechinando al soportar el enorme peso de la masa de hierro.

Ladeó los ojos. La mujer seguía allí, mirándole sin ninguna expresión. Quizá con una chispa de curiosidad en sus frías pupilas.

El intentó expresar con su mirada la violenta súplica que no podía gritar. A pesar de lo que estaba sucediendo apenas podía creer que fuera real, que una mujer pudiera llegar hasta esos extremos de crueldad, una mujer que poco antes había gritado de placer entre sus manos. Pensó que se trataba de algún extraño rito, que en el último segundo aquella máquina diabólica se detendría...

Ella le miraba imperturbable. Cuando se dio cuenta, las decenas de afiladas cuchillas estaban a dos pies de su cuerpo, descendiendo implacables, lentas y mohosas.

Fijó la mirada en aquellos ojos, tratando de captar en ellos una sombra de comprensión, de piedad tal vez.

No encontró más que indiferencia. Quizá curiosidad, pero nada que expresara ningún sentimiento y mucho menos una esperanza.

Las cuchillas llegaron a pocas pulgadas de su cuerpo desnudo. En su impotencia le dolían atrozmente los músculos, los nervios, hasta el alma con los vanos y salvajes intentos de moverse.

De pronto sintió el frío de las aguzadas puntas sobre la piel. Contuvo el aliento. La mujer hizo una seña y la pesada plancha metálica se detuvo.

Ella se inclinó un poco hacia él.

—Te reunirás con ellos —jadeó—. Con todos los que te han precedido en el camino de la venganza. Eres uno más, llegado a través del tiempo, de años y años, de siglos y siglos de vida y muerte y de nueva vida y nueva muerte. Mírame, hombre..., porque tú has poseído a la muerte.

Hizo una seña perentoria con la mano y el rechinar de las cadenas se reanudó. El formidable peso de la plancha erizada de cuchillas hizo que éstas empezaran a desgarrar la piel, la carne; que todo el cuerpo se agitara en el cénit del dolor y del espanto.

Se quebraron los huesos en los horrendos desgarrones. Luego se escuchó el nauseabundo sonido del burbujeo de la sangre, y el roce de las cuchillas contra la mesa metálica cuando hubieron atravesado el cuerpo muerto del

desgraciado.

Y todo el tiempo ella estuvo mirándole. Y seguía aún con la mirada fija en el horrendo e informe despojo. Hasta que al fin, como si la visión de tanto horror y tanta sangre la fastidiara, dio media vuelta y se dirigió a la escalera por la que había llegado.

Al mismo tiempo, el ruido chirriante se reanudó, sólo que ahora la plancha empezó a moverse a la inversa, subiendo, desclavando las cuchillas que chorreaban sangre y de las que se desprendían jirones de carne lacerada.

Cuando el infernal ingenio desapareció en la oscuridad de la bóveda, el sirviente abandonó la rueda y dio un vistazo a lo que quedaba de un hombre.

La sangre chorreaba de la mesa y caía al suelo en pequeñas cataratas. Había que esperar y también abandonó el lóbrego subterráneo.

No volvió a él hasta dos horas después. Traía un gran saco de arpillera y entonces el cuerpo ya había dejado de sangrar.

Con gestos pausados, indiferentes, introdujo el cadáver en el saco y con sorprendente facilidad lo cargó sobre su hombro.

Melanie Kingsdale esperaba arriba y cuando el sirviente apareció no pudo evitar un gesto de impaciencia.

—¡Apresúrate, holgazán! —exclamó—. Está amaneciendo,

—Hay tiempo, señora..., jamás se acerca nadie a los pantanos.

Pasó ante ella con su siniestra carga y unos instantes después la diabólica mujer oyó cerrarse la puerta.

Se había iniciado un nuevo ciclo de su eterna venganza.

CAPITULO VIII

Cindy cerró los dedos nerviosamente en torno al brazo de Artie y susurró:

—¿Oíste?

—Sí. Son pasos.

—Y vienen hacia aquí. ¿Qué hacemos?

—Si levantas la voz un poco más, despertarás a toda la comarca.

Cindy se agazapó detrás del matorral. La luz del amanecer era cada vez más clara, y a esa luz ambos vieron la alta y delgada silueta negra con su gran carga al hombro.

Cindy abrió la boca, sobrecogida de espanto. Artie la obligó a contenerse con una mirada.

El hombre de negro se acercaba sin prisas, llevando el gran fardo de arpillera como si éste contuviera solamente paja.

Sin embargo, la paja no destila sangre, y en la arpillera había manchas inconfundibles. Artie sintió que se le erizaba el pelo ante lo que creyó adivinar.

El sirviente había llegado casi a su altura cuando se irguió, cerrándole el paso.

—Quiero ver qué lleva usted ahí, amigo —gruñó.

Igor se detuvo con evidente desconcierto. Artie notó un helado escalofrío al distinguir con detalle la torva expresión de aquella cara esquelética.

—Apártese —graznó el sirviente—. Esta es una propiedad privada, no tiene derecho a estar aquí.

—Kingsdale Manor, si no me equivoco.

—¡Fuera, márchese!

—Sólo cuando haya visto su carga. Igor rechinó los dientes.

—Quiere verlo, ¿eh?

—Eso dije. ¡Aprisa!

Con un golpe de su hombro arrojó el saco al suelo.

Artie dio un par de pasos cautelosos para abrir el saco. Igor volteó el brazo y su puño todo hueso se estrelló contra un lado de la cabeza de Artie.

Este sintió como si dentro de su cráneo estallara una bomba. Todo giró a su alrededor.

Tuvo tiempo de oír un grito agudo y luego perdió el conocimiento.

Así no pudo ver cómo Igor se volvía al oír el grito de Cindy, ni cómo hacía gala de una velocidad impropia de su edad y se lanzaba sobre ella, atrapándola entre sus manazas.

Cindy continuó gritando y debatiéndose hasta que un golpe en la nuca la derribó. Cayó hecha un ovillo muy cerca del inconsciente Artie Loren. Ninguno de los dos había podido imaginar que su improvisada aventura investigadora fuera tan breve... ni que tuviera un final semejante.

* * *

Artie recobró el conocimiento con brusquedad, de golpe, y lo sucedido chispeó en su memoria al tiempo que un dolor agudo le recordaba también el tremendo puñetazo que había encajado.

¿Cómo un hombre viejo y esquelético como aquél pudo golpearle con tamaña potencia? De haberse tratado de un individuo más joven y fuerte nunca hubiera podido sorprenderle... ¿Cómo pudo imaginar...?

Miró en torno, asombrado. Vio que se encontraba en un dormitorio confortable, que no había visto nunca antes.

De pronto pensó en Cindy y se levantó de un brinco.

En el mismo momento la puerta se abrió y Artie pensó que era víctima de una jugarreta de sus ojos. No era posible que existiera una mujer tan endiabladamente, bella.

—¿Cómo llegué hasta aquí? —balbuceó.

Ella sonrió. Sus labios rojos como la sangre eran de una perfección turbadora, Pero sus ojos no sonreían. Eran fríos y extraños.

—Yo le encontré desvanecido. Todas las mañanas doy un paseo, aunque generalmente no me aleje tanto como hoy. Bien, usted estaba tendido en el camino.

—¿Y Cindy? La muchacha que me acompañaba , una joven que gritó cuando aquel tipo me golpeó,

Ella arrugó su tersa frente, muy sorprendida,

—No había nadie más que usted> señor.

—Espere un minuto..., lo recuerdo bien. Un hombre alto, delgado, cargado con un gran saco manchado de sangre. El me atacó cuando yo quise ver qué llevaba en él. Fui lo bastante estúpido como para confiarme, ya que se trataba de alguien muy viejo. Pero me tumbó con un solo golpe y Cindy gritó.

—¿Cindy?

—Estaba conmigo. He de encontrarla. ¿No vio usted a un tipo alto y delgado, vestido de negro?

—Desde luego que no vi a nadie más que a usted.

—Saldré a buscarla... Soy Artie Loren, de Londres, señora. Le agradezco infinito que me haya ayudado, pero mi amiga corre peligro y...

—Espere. . Yo soy Melanie Kingsdale y vivo aquí desde siempre. Esa amiga suya, ¿conocía la región, los pantanos, las marismas,..?

—En absoluto. Jamás había estado aquí.

—Entonces... Bueno, no quiero alarmarle antes de tiempo, pero nadie que desconozca los pantanos puede librarse de perecer en ellos. Son un laberinto traicionero, señor Loren. Y mucho me temo que si usted se aventura en la marisma...

—¡Pero he de buscarla, señora! Melanie se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo tan sólo. Pero luego añadió con la misma voz suave—: Sin embargo, antes de irse, me gustaría saber qué andaban buscando usted y

su amiga en mi propiedad.

El titubeó. La urgencia de la situación hizo que echara la cautela por la borda y dijo sin rodeos:

—¿Quién más vive con usted, señora Kingsdale?

—Nadie.

—Vi su casa desde lejos. ¿Quiere decir que se desenvuelve usted sola en todo ese palacio?

—Sólo habito una parte de la casa. Y desde luego tengo un sirviente.

—¿Un individuo con cara huesuda, alto y muy delgado?

—¿Está insinuando que quien le golpeó fue mi sirviente?

—Sólo intento saber la verdad.

—Y yo quisiera saber por qué invadieron usted y su amiga mis propiedades.

—Se lo voy a decir, y espero que tenga usted una buena explicación para ese misterio.

Usted contrató a una muchacha llamada Sally Morley, ¿recuerda?

—¿Que yo contraté...? Está usted loco, señor Loren. ¿Para qué necesito otra sirvienta?

—No la contrató como sirvienta, sino como secretaria.

—No sé adónde pretende llegar, pero de cualquier modo empiezo a pensar que debí llamar a la policía, en lugar de auxiliarle.

—Sally Morley murió de un modo atroz... en el hospital de Dorset. Y me consta que vino desde Londres para trabajar en Kingsdale Manor.

Por primera vez, los ojos gélidos de aquella mujer parecieron cobrar vida. Fue algo fugaz, como un relámpago.

—Si esa Sally de que habla murió en Dorset, ¿por qué vienen a importunarme a mí?

—Le repito que ella vino aquí. De eso no me cabe la menor duda.

—En todo caso, nunca llegó.

El la miró con suspicacia. Pasada la primera impresión provocada por la increíble belleza de aquella mujer, comenzaba a notar una vaga sensación de inquietud e incertidumbre.

Así que dijo:

—Me gustaría conocer a su empleado, señora. Aunque sólo fuera para estar seguro de que estoy equivocado en mis sospechas..., porque sigo creyendo que aquel hombre cargado con un saco manchado de sangre venía de esta casa.

—¿Cómo se atreve...?

—La dirección era ésa. No podía proceder de ningún otro lugar.

—Está bien, mi joven amigo. Pero espero que después presente sus excusas... ¿Igor? Artie miró hacia la puerta, tenso como un cable.

Sin embargo, la puerta permaneció cerrada. Fue tras el que oyó el sordo jadeo de una respiración, y cuando iba a volverse unas zarpas como argollas de hierro le atraparon los brazos doblándoselos hacia atrás.

El intentó debatirse, pero era lo mismo que querer librarse del empuje de un ataque. Se vio zarandeando y colocado en una silla, manejado por una fuerza casi sobrenatural, sobre todo teniendo en cuenta quién la utilizaba.

Los brazos amenazaban con rompérsele cuando desistió de luchar.

—Así que yo estaba en lo cierto —mascullό, furioso y alarmado—. ¿Qué han hecho ustedes con Cindy?

Melanie miró acusadoramente a Igor. Este dijo:

—Está abajo, no tuve tiempo de prepararla aún para el cambio..

—Merecerías que te azotara, Igor. Y tal vez lo haga... Me mentiste con aquella mujer, no se hundió en el pantano al huir, sino que logró escapar. No sólo escapar, llegó a Dorset, donde murió.

Igor abatió la cabeza.

—Cayó al agua, mi señora. ¡Lo juro! Creí que en su estado no podría nadar...

—Pero dijiste que había caído en el pantano, no en el agua.

—Pensé que se sentiría más tranquila.

—Igor, hiciste el milagro de prolongar tu vida y mi juventud, pero no pudiste prolongar también tu inteligencia. Eres cada día más estúpido.

El vapuleado sirviente no replicó. Continuaba sujetan do a Artie con asombrosa facilidad.

Melanie se colocó delante de éste y con una fría sonrisa dijo:

—Cuando Igor te trajo pensé que serías el capricho de una noche..., eres apuesto, viril y atractivo. Lo pensé y lo deseé. Por eso te mentí al principio. Has sido un tonto, porque ahora morirás por necesidad. De otro modo también habrías muerto..., pero después de que yo estuviera contigo toda la noche.

—Ahora sé que he caído en un manicomio —refunfuñó Artie, dominando su estupor—.

¿Qué espera que le diga más?

—Ya no puedes decir nada... No le sueltes, Igor.

La hermosa mujer salió de la habitación, para regresar sólo unos minutos después. Traía un vaso lleno hasta la mitad con un líquido ambarino.

Lo mostró a su prisionero.

—No es ningún veneno —explicó—. Sólo una droga que te paralizará a fin de que no ofrezcas dificultades. No sentirás ningún daño con esa bebida, te lo garantizo.

—Me parece que va a tener que bebérselo usted, hermosa bruja. Ella meneó la cabeza, como si lamentara la terquedad de su cautivo.

—Créeme, sufrirás mucho más si hemos de obligarte a beber.

—Pero todo esto, ¿por qué, maldita sea? No se mata a la gente sólo porque no nos guste su cara, o el color de su pelo.

—Te lo contaré después..., podrás oírme perfectamente. Y ahora, bebe.

—¡Al diablo! Bébaselo usted.

—¿Igor?

El esquelético individuo tiró hacia arriba de ambos brazos de Artie. Las articulaciones crujieron y él no pudo contener un quejido.

—Habrá de romperte los brazos para obligarte a obedecer .. ¿Es eso lo que prefieres?

—¡No, maldita perra!

—Basta, Igor...

El tipo aflojó la presión y Artie respiró angustiosamente. Ella volvió a acercarle el vaso.

—Bebe —ordenó.

Ella misma aproximó el vaso a los labios de su víctima. A borbotones, Artie Loren bebió.

Cuando el vaso estuvo vacío, la mujer retrocedió hacia la puerta.

—Volveremos por ti cuando llegue la hora. Artie notó que el sirviente le soltaba los brazos.

Igor caminó detrás de su ama, salieron y Artie oyó rechinas la llave en la cerradura...

CAPITULO IX

El sirviente apareció una hura más tarde. Artie estaba caído en el suelo, rígido, los ojos girándole en las órbitas desesperadamente.

Igor apenas si le miró. Inclinándose, le levantó sin ninguna dificultad y cargándolo sobre su hombro volvió a salir.

Descendió un largo tramo de escaleras oscuras hasta un sótano de altas bóvedas de piedra. Melanie Kingsdale estaba allí, esperando.

—Ya que viniste a descubrir el secreto de Kingsdale Manor —dijo—, tendrás el privilegio de saberlo todo. Lo verás con tus propios ojos.

Igor inició una protesta, pero ella le hizo callar con un imperioso gesto de su mano.

—Quiero que lo vea, Igor —runruneó, burlona—. Que asista a todo el proceso antes de morir como el otro. Y cuando haya terminado, los llevarás al pantano durante la noche. No quiero más riesgos inútiles. ¿Has comprendido?

Igor asintió, ceñudo. Con su carga caminó hacia una sólida puerta que había a un lado. La empujó y entraron en un corto pasillo resbaladizo de humedad.

Melanie abrió otra puerta utilizando una llave esta vez. Correspondía a una estancia reducida semejante a una mazmorra.

Cindy se incorporó sobresaltada. Vio a Artie y sus ojos se desorbitaron. Igor dejó caer a Artie y de un zarpazo atrapó a Cindy.

—¿Qué le han hecho? —chilló ésta—. ¡Suélteme!

—No forcejees, preciosa mía —le aconsejó Melanie Kingsdale—. Todo será inútil y al final sólo conseguirás que Igor te haga daño.

—¿Qué le han hecho a él, maldita zorra?

—Sólo está paralizado por una droga, pero puede ver y oír, aunque no puede mover ningún miembro, ni la cabeza. El verá tu sacrificio.

Igor gruñó:

—Es mejor que prepares la bebida para ella...

—Esta vez no, Igor. Quiero que pueda gritar. Quiero que él la oiga gritar y la vea retorcerse como una serpiente durante el proceso... Átala a la mesa.

Igor refunfuñó una protesta y se llevó a Cindy. Melanie se inclinó sobre Artie mirándole fijamente a los ojos.

—Deberías agradecerme el privilegio de contemplar un milagro..., que se repite desde hace centenares de años. Cientos de años, ¿entiendes?

El sólo la miraba. Una mirada salvaje, pero llena de interrogantes.

—Yo cuento los años por centenas, querido... Aunque tu cerebro no pueda asimilarlo, cientos y cientos de años han pasado por mi cuerpo en un ciclo que jamás tendrá fin...

¿Te gustaría saber por qué? No me mires así, hombre, te lo contaré. Yo amé a un hombre como jamás amó mujer alguna... de eso hace mucho tiempo. Ya te dije... cientos de años. Le amó hasta la locura. No descubrí que se

burlaba de mí hasta que se cansó de mi amor.

El seguía mirándola fijo, inmóvil como una figura de madera. Y ella añadió:

—Para librarse de mí, hizo llegar a oídos de mi esposo el duque que yo le era infiel, acusando al mismo tiempo a un rival suyo en el arte de las armas. Mi esposo y señor mandó que yo fuera emparedada viva, y al supuesto infiel lo sometió a un bárbaro suplicio hasta que murió.

Igor entró silenciosamente. Ella se interrumpió mientras el sirviente levantaba de nuevo el cuerpo paralizado de Artie.

Echó a andar con él en brazos. Melanie les siguió reanudando su relato.

—El desgraciado que murió siendo inocente tenía un padre alquimista. Ahora les llaman científicos. Aquel hombre nunca perdonó al duque ni al traidor que acusó a su hijo. Experimentaba secretamente con el elixir de la vida... con un procedimiento para hacerse inmortal. Aquel hombre, querido mío, se llama Igor. ¿No es cierto cuanto digo, Igor?

—Sí lo es, mi señora.

—Igor había dado con el proceso para prolongar la vida indefinidamente, pero no podía evitar que el cuerpo envejeciera. El me libró de mi atroz fin, ocultándome en su propia casa. Yo era tan bella que se propuso conservar también mi belleza, además de la vicia,

Igor empujó una puerta con el pie.

Cindy se debatió inútilmente sobre la mesa donde estaba firmemente sujeta por tensas correas. Estaba completamente desnuda y sus ropas tiradas en un rincón.

La mirada de Artie coincidió con su esplendorosa imagen. Una chispa de complacencia asomó un instante a sus ojos y luego se apagó, cuando Melanie señaló la complicada máquina.

—¿Comprendes, querido? Igor logró prolongar su vida, pero no descubrió este procedimiento hasta que ya era demasiado viejo para regenerar su cuerpo. Pero yo era joven, y hermosa, y rebosante de ansias de venganza. Sólo se necesitan cinco mujeres jóvenes cada dos años... y la máquina transfiere su juventud a mi propio cuerpo.

Cindy empezó a chillar como una loca. Había comprendido, de repente, la razón del súbito envejecimiento de Sally, y ahora ella ocupaba su lugar. Y se daba perfecta cuenta de ello.

—Colócalo aquí, Igor, donde pueda verla..., donde la vea envejecer por segundos, donde la oiga gritar...

Igor colocó a Artie a un lado, junto al tablero desde donde manejaba todo el proceso de trasmutación de juventud. Luego se acercó adonde estaba Cindy y empezó a fijar los extraños tentáculos sobre su hermoso cuerpo.

Melanie se despojó de la túnica y fue a colocarse delante de él.

—Mírame, mírame bien. Nunca viste otra mujer como yo. ¿No es cierto? Y tengo cientos de años. Y en esos años han muerto todos los hombres que me amaron. Todos a los que seducí murieron de la misma manera que el

inocente hijo de Igor... Es mi venganza, Artie Loren. La venganza eterna que ya empezó con el traidor y con el duque, mi esposo y señor. Pero no eran suficientes..., debían seguir pagando los hombres de todas las generaciones, los hombres burladores de mujeres. Y ahora, tú.

Igor gruñó algo, impaciente. Melanie dio media vuelta y se dirigió a la mesa cubierta por la campana de cristal, que se elevó suavemente.

Igor se apresuró a colocarle también los finos tentáculos. Melanie cerró los ojos dejándole hacer su trabajo. El esquelético individuo estaba inclinado sobre ella, embebido en su trabajo.

Gracias a eso no vio a Artie levantarse cautelosamente. Ni le vio cuando agarró el taburete metálico que utilizaba él para accionar los controles de la máquina.

Con pasos de lobo, Artie se aproximó al demencial individuo, levantó el taburete y lo abatió con todas sus fuerzas contra la huesuda y calva cabeza.

Sonó un sordo crujido. Igor rugió y cayó de rodillas con un mar de sangre inundándole la cara y el cuello. Pero aún luchó por erguirse, gruñendo, aferrado al borde de la mesa. Artie le golpeó de nuevo una vez más y al fin el hombre se derrumbó de bruces.

Melanie gritó rabiosamente. Estaba atrapada por los tentáculos y apenas si pudo moverse. Artie le descargó un trallazo al mentón y dejó de rebullir.

Cindy chillaba aún cuando llegó a su lado.

—Cálmate, amor mío. Te sacaré de aquí.

—¡Creí que estabas paralizado de verdad y que... que yo acabaría igual que Sally!

—Casi me tumbaron. Me obligaron a beber su maldita pócima, pero me dejaron solo y pude provocarme el vómito. Así y todo, durante casi media hora apenas pude moverme, pero me forcé a caminar de un lado a otro del cuarto todo el tiempo, haciendo flexiones y movimientos sin cesar hasta que reaccioné...

Mientras hablaba procedía a librar a la muchacha de los tentáculos fijos en su piel.

Cuando le quitó los que apresaban sus pechos ella dio un grito.

—Cálmate, no quise hacerte daño.

—¡Qué daño ni qué...! Estás haciendo muchas cosas con las manos que no necesitas hacer para quitarme todas esas porquerías.

—¿Cómo puedes decir eso? Ni siquiera estoy mirándote para que no te sientas azorada...

—¿Que no...? Pero, hombre, si allí donde pones los ojos siento quemaduras... por todo el cuerpo, Artie,

El la ayudó a saltar de la mesa. Quedaron mirándose muy juntos, respirando agitadamente.

—¡Artie Loren! —Jadeó Cindy—. ¿Quieres volverte de espaldas de una vez, para que pueda vestirme?

—¿Crees que mientras te vistes dejaré de ver algo de lo que ya vi?

—¡Eres un...!.

Se interrumpió al oír el quejido de Melanie. Artie se volvió en redondo. Ahora que había pasado el primer instante de excitación, comenzaba a preocuparse por lo que era y significaba aquella demoníaca criatura. Cada dos años sacrificando cinco mujeres jóvenes... y una eternidad alimentando un odio irracional, salvaje como ningún otro...

—Vístete, y aprisa —gruñó.

Melanie le miró aturdida cuando empezó a quitarle las ventosas que sujetaban los largos y finos tentáculos.

—Igor... —balbuceó—. ¿Está vivo?

—No.

—¡Le has matado!

—El tipo lo estaba pidiendo a gritos.

—¡El era mi supervivencia! —gritó—. ¡Maldito seas! El volteó la mano y la golpeó sin ningún escrúpulo.

Cindy dijo desde el rincón:

—¿Qué piensas hacer con ella, Artie? Esa mujer no es ni siquiera humana.

—No lo sé, es todo un dilema. La solución sería que volviera a su tiempo... a ese pozo del tiempo del que salió llena de rencor y de odio.

—Eso es imposible.

El estaba mirando el adorable rostro de Melanie, desvanecida. Algo estaba dándole vueltas en la mente. Algo que no era más que un embrión de idea.

—Cindy...

—Sí, querido.

—Querido... Eso suena bien. Oye, ¿recuerdas el camino por el que venimos?

—Claro que lo recuerdo.

—Ajá. Vete al pueblo y cuéntale a Craddock todo lo sucedido. Luego lo traes para acá. Ella titubeó.

—No me seduce la idea de hacer sola esa caminata.

—Ahora ya no tienes nada que temer, nena.

—Ya lo sé, pero... Está bien, vigila a esa bruja hasta que lleguemos y no te dejes seducir por ella, Y sería mejor que la cubrieses con algo...

El sonrió y casi la empujó hacia la puerta.

Cindy desapareció y él regresó al lado de Melanie. No estaba muy seguro de lo que sucedería al poner en práctica su idea, pero era lo único que se le ocurría, así que tomó en brazos el fantástico cuerpo desnudo y lo trasladó a la mesa en que Cindy estuviera amarrada. Sujetó a Melanie con las correas asegurándose de que no podría moverse, y se disponía a fijarle las ventosas cuando oyó el atroz alarido de Cindy.

Dio un brinco y echó a correr hacia la puerta. Salió como una tromba, gritando al mismo tiempo. Cindy volvió a llamarle con un alarido agudo como el filo de un cuchillo.

Todo el sótano era un laberinto y tardó algunos minutos en localizar la

dirección de donde procedía la voz. Pasó como un rato por la bóveda donde quedaba un enorme charco de sangre y una extraña mesa a la que ni siquiera prestó atención, desembocó en un pasillo y al final estaba Cindy, apretándose los puños contra la boca, sacudida por las náuseas y el terror.

—¿Qué infiernos pasa ahora? —graznó Artie, impresionado.

—Ahí dentro..., me extravié y vine a parar aquí...

—¿Qué hay ahí?

—El saco... ¡Oh, santo cielo!

Se echó a llorar apretando la cara contra la pared. Artie se asomó por aquella puerta. Lo que vio en el suelo, medio caído fuera del saco de arpillera, le arrancó un salvaje grito de ira.

—¡Malditos...! —jadeó, casi ahogándose—. No se atrevieron a llevarlo a los pantanos por temor a que hubiera alguien más espiando... Ven, te sacaré de aquí.

—Artie..., ¿qué..., qué...?

—Si preguntas qué le hicieron, maldito si lo sé.

La obligó a apresurar el paso hasta el exterior, y allí esperó a verla desaparecer camino adelante antes de regresar al diabólico antro donde una pesadilla se había prolongado durante siglos.

CAPITULO X

Melanie Kingsdale había recobrado el conocimiento, y a pesar de saber que era inútil, luchaba ferozmente con las correas.

El se detuvo a su lado.

—Pierdes el tiempo, bruja.

Ella le miró echando lumbre por los ojos.

—¿Qué te propones?

—Lo creas o no, ni siquiera lo sé. Pero yo también me siento un poco alquimista. Debe ser debido a tu maléfica influencia.

—¿Quieres comprobar si Igor está realmente muerto?

—Lo está. Tiene la cabeza partida en dos y eso no hay brujo que lo arregle. Dime una cosa, zorra de los demonios. ¿Quién era el desgraciado que metisteis en un saco? Acabo de verlo... y no me ha gustado nada. En absoluto. Es algo sucio, ruin y salvaje.

—Así ibas a terminar tú... Igor te habría colocado en el potro...

—¿Potro? Ya entiendo..., uno de esos aparatos medievales. ¿Quién era él?

—Nadie. Sólo un hombre.

—Claro. Y yo iba a ser el segundo... Bueno.

Empezó a fijarle los tentáculos. Ella le insultó con tanto odio que él casi sintió náuseas, pero no se detuvo en su tarea.

Al fin ella se dominó.

—¿Qué vas a hacer, a quién piensas que vas a transferir mi belleza?

—Créeme, Melanie, no tengo la menor idea de lo que puede salir de todo esto. Pero espero sinceramente que no sea nada bueno para ti.

Cuando hubo fijado todos los tentáculos al fantástico cuerpo desnudo se echó atrás, como admirando su obra.

—No sé exactamente dónde debería haberlos colocado, pero poco más o menos creo que así estarán bien.

Ella pareció relajarse de pronto.

—Escucha, Artie...

—¿Qué es eso, tu última voluntad?

—Mírame bien. No puedes destruir esta belleza, ¿no te das cuenta? Jamás volverás a tenerme a tu alcance..., no puedes destruirme...

El se estremeció.

—Créeme si te digo que no me seduces, preciosa bruja. Si me acostara contigo tendría la sensación de hacerlo con mi tatarabuela, ahora que sé la verdad.

De nuevo, el furor enturbió aquellos ojos helados.

—¡Maldito seas mil veces! —rugió—. ¡Sácame de aquí!

El retrocedía hacia la mesa de control. Estuvo un buen rato examinando aquello y acabó convencido de que no entendía una maldita cosa del complicado aparato.

Así que empezó a manipular todas las clavijas, los controles y diales, hasta que de repente se elevó un leve zumbido.

Se volvió. Un enorme tubo de cristal estaba llenándose de una luz violeta, densa y espesa como si fuera luz líquida.

Giró más el último dial que había accionado y la luz burbujeó dentro del tubo. Al mismo tiempo, Melanie dejó escapar un grito desgarrador.

La miró sobresaltado. Todo el hermoso cuerpo se tensaba de un modo horrible, atirantando las correas hasta que éstas se hincaron en la carne.

Melanie volvió a gritar otra vez, y otra, y sus gritos fueron rugidos de una intensidad que no era de este mundo, algo infrahumano como él no pudo imaginar jamás.

Vio cómo los finos tentáculos de la otra mesa se agitaban enloquecidos, retorciéndose al no estar fijados en ningún lugar. Melanie dejó de gritar, aunque seguía boqueando sin voz y su cuerpo se retorcía, y saltaba, y se combaba hasta el punto de ruptura.

De pronto, la campana de cristal que cubría la otra mesa estalló como una bomba. De los agitados tentáculos salía una extraña vibración, y mientras estaba mirándoles vio aparecer en cada uno de ellos una nauseabunda sustancia que se desparramó poco a poco por encima de la mesa.

Rechinando los dientes se volvió hacia Melanie.

Dio tal grito que temió desgarrarse las cuerdas vocales. Sobre aquella mesa quedaba un amasijo informe de piel y huesos, y la que fuera larga y brillante cabellera eran unos pingajos grises y sucios que se desprendían a sacudidas de una cabeza pequeña que aún jadeaba por una boca purulenta de la que se habían desprendido los dientes.

Horrorizado trató de apartar la mirada de aquel horrendo despojo. Retrocedió a trompicones, vomitando, ahogándose, sabiendo que por años que viviera jamás podría olvidar la pavorosa metamorfosis que tenía lugar ante sus ojos.

Llegó a la mesa de controles y los accionó locamente, hasta que el zumbido cesó y la luz morada fue diluyéndose poco a poco.

Lo que quedaba en la mesa, bajo los tentáculos, ya no era una mujer. Ni siquiera un ser humano;

Ya no era nada.

* * *

Cindy abrió la puerta de su habitación de la posada. No protestó cuando Artie entró con ella, aún lívido, con una extraña mirada en sus ojos que ya no eran risueños.

El fue a sentarse en el borde da la cama y encendió un cigarrillo. Cindy comenzó con voz queda:

—Nunca olvidaré tu imagen cuando llegamos el policía y yo, sentado fuera de la casa, con la cara hundida en tus manos... Nunca había visto nada tan

patético.

—Hay muchas cosas que yo tampoco olvidaré jamás.

—¿Has pensado en lo que pasará ahora? Craddock no nos permite marcharnos hasta que haya aclarado todo el caso, y por otra parte yo no creo que pueda llegar a aclararse por completo nunca. El no oyó a aquella bruja, ni vio lo que hacían allí...

El no replicó, limitándose a consumir el cigarrillo corno si tuviera prisa por acabarlo. De modo que Cindy añadió:

Estamos condenados a permanecer juntos todo el tiempo que Craddock tarde en darse por satisfecho.

—Sí, ya sé. No va a resultar muy divertido a menos que te humanices un poco.

—¿Yo? No sé de qué estás hablando.

—De mi frustración.

—Cada vez te entiendo menos.

—Tú y yo necesitamos olvidar cuanto antes todo lo sucedido, lo que padecimos, lo que oímos y vimos. Pienso que deberíamos ayudarnos uno al otro, ¿no crees?

—Eso me parece razonable.

—Quizá algún día pueda olvidarlo todo, pero hay una cosa que no la olvidaré jamás. Ni quiero olvidarla, dicho sea de paso.

—¿Qué cosa?

—Tú.

—¿Cómo?

—La manera como te vi en aquella mesa, sin nada encima más que los malditos tentáculos, y después, sin ellos. Ese recuerdo me ayudará a sobrevivir.

Cindy resopló.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Y no es poco. Creo que va a crearme un complejo o algo así.

—Eso sería muy malo, Artie.

—¿Crees que no lo sé?

Buscó otro cigarrillo, sombrío como nunca.

Justo cuando estaba encendiéndolo, descubrió que Cindy empezaba a quitarse el vestido.

Se quedó hipnotizado mirándola. Ella murmuró:

—No quisiera que por mi culpa cayeras en manos de cualquier siquiatra, ¿sabes? Artie la miraba fascinado. Tanto, que la cerilla se consumió quemándole los dedos.

Soltó un quejido, levantándose de un brinco. A estas alturas, Artie decidió poner algo de su parte para librarse de complejos y se apresuró a ayudarla librándola a ella de algo que no eran precisamente complejos.

FIN